



UNIVERSIDAD DR. JOSÉ
MATÍAS DELGADO

CENTRO DE INVESTIGACIONES EN
CIENCIAS Y HUMANIDADES CICH

BENEDICTO XVI

Profeta del siglo XXI



Matías Romero



UNIVERSIDAD DR. JOSÉ
MATÍAS DELGADO

BENEDICTO XVI

Profeta del siglo XXI

Matías Romero



UNIVERSIDAD DR. JOSÉ
MATÍAS DELGADO

BENEDICTO XVI

Profeta del siglo XXI

Matías Romero

Autoridades

Dr. David Escobar Galindo
Rector

Dr. Enrique Sorto Campbell
Vicerrector

Dr. Oscar Picardo Joao
*Director Centro de Investigaciones
en Ciencias y Humanidades, CICH*

Cuidado de la edición
Licda. Ana Lilian Ramírez C.
Coordinación editorial

Lic. Matías Romero
Revisión final, investigador CICH

Licda. Evelin García de Medina
Asistente de Investigación

Morena Esmeralda Menjivar
*Diseño y diagramación,
Asistente Editorial CICH*

© Copy Right
San Salvador
1ª Edición 2016

Plataforma: InDesign CS4
Tipografías: Josefin Slab
y Gandhi Serif

Misión CICH

Generar la investigación científica en sus distintos campos, apoyar e impulsar aquella que se realice en las distintas unidades académicas de nuestra Universidad. Integrar y canalizar los esfuerzos institucionales vinculados con la investigación interdisciplinaria, la capacitación del personal académico y la difusión de los resultados obtenidos.

Visión CICH

Proyectar y consolidar al Centro de Investigaciones mediante productos de alta calidad científica y académica, que logren ser reconocidos en los ámbitos nacional e internacional, por sus aportes al desarrollo científico y social.

© 2016 Centro de Investigaciones en Ciencias
y Humanidades, CICH
Universidad Dr. José Matías Delgado, Campus I,
Km. 8 1/2 carretera a Santa Tecla,
Antiguo Cuscatlán, Dpto. de La Libertad,
El Salvador, C.A.
Tel.: (503) 2278-1011 ext.: 168. Fax: (503) 2289-5314

Correo electrónico:
centrodeinvestigacion@ujmd.edu.sv
Distribución:
Editorial Delgado,
Universidad Dr. José Matías Delgado
Tel.: (503) 2212-9415. Fax: (503) 2289-5314
Correo electrónico: editorialdelgado@ujmd.edu.sv

El contenido del libro es responsabilidad exclusiva del autor. Hecho el depósito que manda la ley.

Yo he rogado por ti,
para que tu fe no desfallezca;
y tú, cuando te conviertas,
confirma a tus hermanos.

Lucas 22,32

ÍNDICE

I.	Intención y contenido del presente libro	5
II.	Signo de contradicción y conspiración de silencio	13
III.	El proyecto cristiano.	25
1.	Conceptos fundamentales: gobierno del mundo, proyecto político y proyecto cristiano.	25
2.	Introducción al cristianismo.	32
3.	Jesús de Nazaret...	37
4.	Las encíclicas....	44
a.	Primera encíclica: Deus Caritas est, "Dios es amor".	46
b.	Segunda encíclica: Spe Salvi, "Salvados en esperanza".	55
c.	Tercera encíclica: Caritas in veritate, "La caridad en la verdad".	60
5.	¿Y la cuarta encíclica?...	67
IV.	¿Una novela premonitoria?	71
	EPÍLOGO	81
V.	Un Papa conservador más revolucionario que los revolucionarios	81
	BIBLIOGRAFÍA	83



I.

INTENCIÓN Y CONTENIDO DEL PRESENTE LIBRO

Sin exageración puedo decir que, transido de emoción y de temor, casi de angustia, emprendo la redacción de un tema que viene habitando en mi mente y preocupándome desde hace muchos años. Hablo nada menos que de la personalidad del Papa Benedicto XVI, cuyo pensamiento, a mi parecer, marca la ruta que seguirá o que debe seguir la Iglesia Católica en lo que resta del siglo XXI.

Hondamente preocupado por los problemas de la Iglesia, me hallaba yo engolfado en el estudio de la literatura que ha llegado a mis manos relativa al querido y admirado Papa, planeando escribir un libro sobre la línea de pensamiento de sus encíclicas y de sus más conocidos libros, cuando de repente me asusta, me estremece y me aflige la noticia de su renuncia después de ocho años de pontificado.

Se confunde y se precipita mi mente. No sé si pienso en el pasado o en el futuro. No sé si me atormentan mis ideas, mis propios temores y ocurrencias, o lo que oigo y leo en el ambiente de la actualidad mundial.

Aparentemente y para los no creyentes la tan comentada noticia no pasa de ser una de tantas, un acontecimiento mediático manejado por la prensa internacional y servido a la voracidad de los lectores como comidilla que pronto perderá la novedad de su sabor. Pero no es así para los seres humanos creyentes que viven relacionando los acontecimientos y caminando siempre sobre ese puente que se tiende entre las realidades visibles terrenales y las que están más allá de la muerte.

Mi interés y simpatía personales por Joseph Ratzinger (primero sacerdote, después obispo, después cardenal, después Papa) vienen desde muchos años atrás, concretamente desde 1984, cuando leí, en la revista italiana "30 giorni", el artículo titulado *Vi spiego la teología della liberazione*, Explicación de la Teología de la Liberación, escrito por el entonces ya cardenal Joseph Ratzinger en el Vaticano.

Conociendo el criterio del cardenal y sabiendo que había sido el brazo derecho del Papa Juan Pablo II, en el delicado cargo de Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, cuando llegó el momento del nuevo cónclave, yo me decía en mi corazón: tiene que venirnos Ratzinger, que quede Ratzinger, primero Dios que sea electo Ratzinger. ¡Y resultó así!

A lo largo del presente estudio aparecerán las razones de mi fervorosa adhesión al pensamiento y al proyecto del Papa Ratzinger, pero ahora debo confesar que me embarga una profunda pena y una sensación de impotencia que parecen aconsejarme y decirme que no toque ese tema, que no me entrometa en lo que no entiendo, que no me exponga a que me contraríen los que

sí saben y están mejor informados. Contra esa sensación que me viene de dentro y se me atasca en la garganta, un anhelo de sinceridad humilde y de sencillo cariño me anima y mueve mi pluma para no dejar inéditos mis sentimientos de simple cristiano y de obediente súbdito de la Iglesia. ¿Por qué no puedo hablar yo también? ¿Por qué debo reprimir mi corazón? ¿Acaso sólo tienen derecho los grandes teólogos? ¿Sobre todo esos teólogos de nombres difíciles de pronunciar que nos están escandalizando con su audacia y rebeldía contra el magisterio oficial de la Iglesia y contra las direcciones que nos vienen del Vaticano? Apóyense ellos en su sabiduría y en su corajudo valor personal, que yo me atengo esta vez a las encíclicas y al pensamiento de Benedicto XVI.

No es justo que yo reprima el amor y la admiración que siento por el Papa, sobre todo de un Papa que se retira a la soledad de la oración y que humildemente pide que lo sustituya otro con más energía.

Mi propósito no es comentar ni analizar el sorprendente hecho de la abdicación. Allá que hablen y nos ilustren los muchos vaticanólogos que hay en el mundo y que están saliendo en los medios de comunicación a darse gusto con sus opiniones.

Lo que a mí me impacta en este momento, porque lo estoy contemplando en el espacio de la historia del mundo como la trayectoria de la cauda de un cometa rayando el inmenso azul, es la impronta del breve pontificado de un Papa que se ha identificado con las características de profeta.

Es la imagen que pretendo presentar de Benedicto XVI. Mi libro, desde luego, no es una biografía, ni siquiera una

reseña. Es más bien, una impresión, un impacto, un desahogo personal y devoto, un tributo y quizás, en algún aspecto, una reivindicación frente a lo que luego llamaré conspiración de silencio contra las voces de alerta de un profeta que, como científico investigador y como ingeniero espiritual, ha tocado los mecanismos íntimos de la Iglesia y ha hecho, aunque con discreción y tacto, alarmantes advertencias.

Tampoco es mi trabajo un sesudo análisis de la posición intelectual de un teólogo moderno de la talla de Ratzinger que se codea con los teólogos más avanzados y audaces de la actualidad superándolos por el vigor de su fe y señalando las deficiencias y limitaciones de la hermenéutica científica. No, por Dios, yo solo doy aquí la interpretación de un cristiano lego que, al recibir el mensaje que envía a todos el Padre de la Cristiandad, reacciona con el fervor y la docilidad de un hombre de fe.

Mi intención no es levantar una polémica con el tema de las novedades que pretenden introducirse en la Iglesia, dizque para modernizarla e irla acomodando al paso del tiempo pero en realidad para destruirla derribando los duros muros de la moral tradicional y hasta minando y dinamitando los cimientos dogmáticos de la fe. Muchas de esas novedades, con los ideólogos y políticos que las han liderado, han pasado de moda, aunque, como decía el nuncio Mons. Luigi Pezzuto hace poco en una entrevista al despedirse de El Salvador (El Diario de Hoy, 22 de enero de 2013), "hay personas que se han formado con esa escuela y es difícil que se pueda cambiar, entonces es necesario el tiempo para equilibrar estos aspectos". En vez de esa polémica,

yo como cristiano timorato y cauteloso, lo que hago es expresar mi voz de alerta y de respeto, señalando la Estrella Polar que debe guiar la nave en este mar oscuro y proceloso.

Hoy, como nunca antes en las vicisitudes y cambios de la historia, se hace sentir la necesidad de una voz que ponga orden en la algazara de las opiniones y en el espíritu de anarquía, para servir de guía y de punto de referencia que defienda la línea ortodoxa tradicional, es decir, la columna vertebral que le dé fijeza y figura al cuerpo místico de Cristo que es la Iglesia. Sin esta base fundamental y sin este fuste la columna se dobla y se derrite como barro húmedo y cae al suelo hecha añicos, es decir, en palabras más directas: la Iglesia deja de ser católica y se desmenuza en incontables grupúsculos según el capricho y los intereses de los sabiondos interpretadores.

Esa voz ha sido la de Joseph Ratzinger, como sacerdote, como obispo, como cardenal, como Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe y como Papa Benedicto XVI. Con su voz restringida y suave, no con el garbo de orador de multitudes de su predecesor, el sabio Benedicto XVI ha hablado con palabras firmes y claras en medio de un mundo plagado de científicos soberbios, de ateos agresivos, de teólogos que ya no creen y de relativistas faltos de personalidad.

Al presentar a Benedicto XVI como profeta y referirme a cambios fundamentales en la Iglesia, no estoy pensando en el fin del mundo, tema que se ha prestado siempre a especulaciones y a disparatadas imaginaciones. Sin embargo, en el transcurso del estudio de las obras del Papa veremos que los cambios

necesarios de que él habla y el futuro ya próximo que prevé es algo realmente espectacular que está ya a las puertas.

Lo que pretendo yo con el presente trabajo es llamar la atención para que se lean los escritos de Benedicto XVI, que se estudien sus tres encíclicas, sus tres tomos sobre Jesús de Nazaret (I, Infancia de Jesús; II, desde el bautismo a la transfiguración; y III, desde la entrada en Jerusalén hasta la resurrección), su Introducción al Cristianismo y todos los otros libros que podamos adquirir. Lo que está diciendo Benedicto XVI es importantísimo y nos atañe directamente y urgentemente.

Se hace notar en el ensayo y se hace la franca acusación de que sectores que deberían haberse interesado por los escritos del Papa, explicándolos y comentándolos, por el contrario han reaccionado con indiferencia, con frialdad o, por el contrario, no han reaccionado y más bien han tejido alrededor de la palabra del Papa una cortina de silencio.

Se señalan aquí y se subrayan los puntos principales y más candentes de las tres encíclicas, así como la posición científica y moderna del Papa Ratzinger en sus trabajos titulados "Introducción al cristianismo" y "Jesús de Nazaret". En esos estudios aparece el teólogo de gran avanzada y no el retrógrado al que despectivamente se llama "conservador", como si el conservar la fe (acordémonos del *fidem servavi* de San Pablo) fuera una actitud de ignorancia y de oposición a los avances positivos y correctos de la civilización.

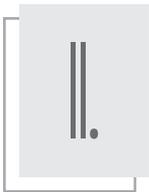
No estamos de acuerdo con que a Benedicto XVI se le achaque que cambió de postura y que el teólogo asesor

del Concilio Vaticano II se convirtió en un amargo y acérimo conservador cuando llegó a la prefectura de la Congregación para la Doctrina de la Fe. ¡Caramba, pero qué odio contra el dogma, contra la fe y contra la moral cristiana! Por el contrario nosotros vemos un Benedicto XVI siempre consistente y lógico que sigue una línea recta desde que era obispo hasta cuando ocupó el solio pontificio. Valientemente afirmamos que hay en su actitud de defensor de la fe un revolucionario más radical que los más radicales revolucionarios. En efecto, el punto más delicado del pensamiento de Benedicto XVI es cuando habla de la necesidad de una purificación del cuerpo de la Iglesia, purificación que llevaría a reformas radicales que causarían asombro. Estremecen las palabras que se leen en el primer tomo del libro "Jesús de Nazaret", cuando en el capítulo 8 trata de las imágenes de la vid y el vino usadas por Jesús: "Hay que recortar la autoexaltación del hombre y de las instituciones; todo lo que se ha vuelto demasiado grande debe volver de nuevo a la sencillez y a la pobreza del Señor mismo" (Ob. Cit., edición Planeta 2007, pg, 308).

La trayectoria luminosa y el rumbo trazado por Benedicto XVI no se apagan ni se borran con la abdicación. Al contrario, cobran nueva luminosidad e influencia, aunque el Papa emérito (una nueva y extraña forma de morir) quede como fuente subterránea en el silencio del retiro, pues no será en vano la supervivencia del solitario del monasterio Mater Ecclesiae, como un naufrago en esa isla del insondable océano llamado Vaticano.

Estoy escribiendo estas líneas hoy sábado 9 de marzo, a escasos tres días de la apertura del cónclave que elegirá al

nuevo Papa. ¿Quién será? ¿A quién nos mandará el Espíritu Santo? Con la audacia y la confianza que comunica la oración me estoy atreviendo a pedirle a Dios que nos mande un continuador del profeta Benedicto XVI. Más aún: estoy soñando con que tomará el nombre de Benedicto XVII.



SIGNO DE CONTRADICCIÓN Y CONSPIRACIÓN DE SILENCIO

Con cinco días de distancia, entre el sábado 9 de marzo de 2013 y hoy jueves 14, tomo de nuevo la pluma para continuar mi razonamiento pero ya soplando en mi oficina vientos completamente diferentes que hacen revolotear los papeles de mi escritorio. ¿Es acaso el viento de Pentecostés? Sí, exactamente, el viento de Pentecostés que viene del Vaticano y nos trae a un nuevo Papa, al cardenal argentino Jesuita Jorge Mario Bergoglio con el nombre de Francisco I. Se me ocurre que este nombre de Francisco, escogido además por un italiano, es para recordar al seráfico San Francisco de Asís. Que se haga la voluntad de Dios y nos dejemos llevar por el viento del Espíritu Santo. *Habemus papam* desde ayer miércoles 13 de marzo del año del Señor de 2013.

No obstante los cambios de los tiempos y la contingencia del acontecer histórico, así como la sucesión de los papas no es causa para que la Iglesia pierda su unidad y su perennidad, así la abdicación de Benedicto XVI y la elección de Francisco I no es argumento para que dejen de ser válidas las advertencias del primero y tampoco para que deje de dársele continuidad y aun de subyugarse la línea de la fidelidad a la ortodoxia de la

doctrina de la fe. Los cambios de los que se hace tanta alharaca no pueden ser sino periféricos y no fundamentales, al menos esos cambios que tanto publicitan y exigen ciertas tendencias hostiles a la disciplina de la Iglesia. Repetimos que no son cambios fundamentales porque no pueden ser fundamentales. La Iglesia no está para irse acomodando al capricho y a la anarquía de los revoltosos. Sí a eso se expusiera la Iglesia, para ir quedando bien con toda novedad que le salga al encuentro, dejaría de ser eterna, es decir, dejaría de ser la Iglesia fundada por Jesucristo. Esta fue la gran batalla del quijotesco Papa Ratzinger contra los molinos de viento de las tendencias modernas cada vez más audaces, contradictorias y antinaturales.

Algo más tenemos que advertirles a los “cambiófilos” o “cambiómanos”: No crean que con “modernizarse” la Iglesia (así como ellos entienden la cosa) va a crecer y a ganar muchos adeptos. Eso es un lamentable engaño que se demostraría de inmediato y continuaría por su propia lógica. Los que tanto insisten en desmontar el aparato de la institucionalidad que se les hace antipática no es para levantar un montaje mejor y alojarse en él sino solo por el placer de verlo caer víctima del siniestro. Entonces, como en la parábola de los viñadores homicidas (Lucas 20,14) dirían: “este es el heredero; matémosle y será nuestra la herencia”.

Me estoy imaginando, como si estuviera escribiendo una novela sobre el Papa Ratzinger, que él, al entrar a la sala real donde se encontraba su solio, tuvo una visión premonitoria. De modo semejante a la escena del anciano Simeón frente al niño Jesús y a la Virgen María, se le apareció al tímido Ratzinger

no un viejecito sino un joven como "jipi" violento e irrespetuoso que le dijo: "Una espada de dos filos atravesará tu corazón. Serás signo de contradicción entre las dos fuerzas del mundo, la tradición y la modernidad".

Tal fue el destino del Papa Ratzinger durante su breve pontificado. Fue blanco de reclamos y de insultos desde el principio, comenzando por lo de *panzer*, palabra que nos recuerda los tanques del ejército alemán en la Segunda Guerra Mundial, hasta lo de pastor alemán, juego de palabras que no podía ser más vulgar y ofensivo. Mientras tanto él, como el mecánico tímido y respetuoso que llega callado a la casa a donde lo han llamado para hacer delicadas reparaciones, se dedicó, como teólogo y como científico, a tocar las piezas íntimas de la maquinaria que no funcionaban bien. Quién sabe si por aquí esté alguna razón secreta y discreta por lo que sintió que sus fuerzas no eran suficientes. Quién sabe también si a esto se refería nuestro Mons. Jesús Delgado cuando dijo en un editorial de Orientación: "Lo sabremos tarde o temprano" (17 de febrero de 2013).

Una vez que se vio que el ingeniero mecánico de pocas palabras (apenas tres encíclicas en ocho años) se dedicaba a hacer su trabajo sin hacer caso a las críticas, se usó contra él otra estrategia, la de no hacerlo caso, la de no darle importancia, la de no leer sus mensajes. En nuestro ambiente a una altura bastante elevada, me vienen las palabras de dos personajes que así descuidadamente expresaron sus impresiones ante la encíclica *Deus caritas est*. El primero de ellos, lamentando que la encíclica no tenía el ardoroso empuje social y político que era de desear, dijo: "Bueno, seguramente

después va a tocar ese tema". El otro, comentando apenas la introducción, en la que viene una explicación de términos como en las tesis de la teología escolástica, dijo despectivamente: "Está hablando como un maestrillo que está dando clase". A su tiempo, en este mismo trabajo, hablaremos de la profundidad psicológica, filosófica y teológica de esta magistral introducción de la primera encíclica, *Deus caritas est* (Dios es amor).

Es también posible que el silencio y el vacío de que estamos hablando se deba en parte a que el lenguaje de Benedicto XVI en sus mensajes (las tres encíclicas, los tres tomos del libro sobre Jesús de Nazareth y la Introducción al cristianismo) es un lenguaje realmente difícil, elevado y muchas veces técnico y como que allá en el fondo el catedrático y teólogo moderno que siempre es Benedicto XVI esté dirigiéndose, en tática polémica, a los muchos teólogos y científicos investigadores que, practicando la hermenéutica del método histórico-crítico, no logran captar el verdadero y profundo mensaje de la Sagrada Escritura. Ese es el lenguaje y esos son los interlocutores directos del Papa intelectual. Él, por otra parte, es respetuoso y practicante del método moderno, más que los teólogos adversarios, sin por eso dejar la verdadera intención con que un hombre de fe, un cristiano, debe recibir el mensaje de Jesucristo. Es útil que transcribamos aquí una cita del prólogo del primer tomo del libro sobre Jesús de Nazaret, libro que le ocupó al escritor largos años de su vida pero que fue publicado siendo ya el Papa Benedicto XVI.

"Es obvio que con esta visión de la figura de Jesús voy más allá de lo que dice, por ejemplo, Schnackenburg, en representación de un amplio sector de la exegesis

contemporánea. No obstante, confío en que el lector comprenda que este libro no está escrito en contra de la exegesis moderna sino con sumo agradecimiento por lo mucho que nos ha aportado y nos aporta. Nos ha proporcionado una gran cantidad de material y conocimientos a través de los cuales la figura de Jesús se nos puede hacer presente con una vivacidad y profundidad que hace unas décadas no podíamos ni siquiera imaginar. Yo sólo he intentado, más allá de la interpretación meramente histórico-crítica, aplicar los nuevos criterios metodológicos, que nos permiten hacer una interpretación propiamente teológica de la Biblia, que exigen la fe, sin por ello querer ni poder en modo alguno renunciar a la seriedad histórica.

Sin duda, no necesito decir expresamente que este libro no es en modo alguno un acto magisterial, sino únicamente expresión de mi búsqueda personal "del rostro del Señor" (cf. Sal. 27,8). Por eso, cualquiera es libre de contradecirme. Pido sólo a los lectores y lectoras esa benevolencia inicial, sin la cual no hay comprensión posible".

Si se tiene en cuenta la altura desde la cual nos ha hablado este maestro que Dios nos envió para que nos recordara la verdad de la doctrina ortodoxa, en un mundo en el que se prestigian las ocurrencias más peregrinas con tal de liberarse del magisterio de la Iglesia al que se considera como un imperialismo espiritual, comprenderemos la conspiración de silencio de que venimos hablando.

Razón hay para que muchos de los que deberían haberse ocupado de estudiar a Benedicto XVI, en realidad no lo han leído, si lo han leído no lo han entendido, y si lo han entendido no se han dado por entendidos.

Pero no es solo el lenguaje el difícil. Es el contenido mismo, el alimento sólido que nos está dando el maestro del espíritu en este mundo de restaurantes, de hoteles y de turistas. Los seres humanos de hoy andan errantes por el planeta como veraneantes en ropas menores sin reconocer patria ni hogar. Hablan y hablan pero no conversan. Sus interlocutores son el teléfono celular y la tableta de la internet.

Les domina un afán patológico e indigesto de novedades tecnológicas. Su modo de comer es devorando, tragando y engullendo pero sin masticar ni saborear. En cambio el alimento que nos ofrece Benedicto XVI es sólido y sustancioso y necesita que nos sentemos tranquilos y respetuosos en una mesa preparada con seriedad litúrgica y eucarística.

Por eso será saludable que en las páginas siguientes le dediquemos un poco de atención al contenido del mensaje que nos deja Benedicto XVI, una semilla que el tímido sembrador solo la deja sembrada, quizás espantado por los pajarracos que revolotean en la atmósfera de hoy, mientras él se retira al encierro de la soledad para regar la siembra con las lágrimas de la oración.

Ya refiriéndonos a la corta pero intensa y agitada trayectoria de la actividad del teólogo Ratzinger como Papa, sus

críticos lamentan que hubo en él un cambio, un vuelco violento de carácter negativo, puesto que de asesor de mentalidad progresista que fue durante el Concilio Vaticano Segundo se pasó, siendo Prefecto de la Consagración para la Doctrina de la Fe, a una posición rígida, tradicionalista e intolerante. Así le reprochan sus enemigos.

El autor católico Rupert Short, en su libro "*Benedict XVI, commander of the faith*" (Benedicto XVI, comandante de la fe) se refiere a este aparente cambio de la siguiente manera.

"Tal vez la más importante pregunta con que se encuentra un comentarista de la carrera de Ratzinger es por qué renunció a aquel impulso liberal que hizo de él un campeón de la reforma en el Concilio Vaticano II (1962-1965) para pasarse a un ardiente conservadurismo que marcó su largo desempeño como Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe.

Líneas más adelante cita Short palabras que dijo el cardenal Prefecto a mediados de la década de los ochenta arguyendo que "el daño que hemos sufrido en estos veinte años se ha debido, al interior de la Iglesia, a una latente polémica de fuerzas centrífugas y, fuera de la Iglesia, a las amenazas de una ideología liberal radical de corte individualista, racionalista y hedonista".

Añade luego Short que la expresada apreciación la confirmó Ratzinger en el discurso antes del cónclave de 2005, en el que rechazó la dictadura del relativismo y denunció a los que a la fe declarada la califican de fundamentalismo.

Me pregunto qué significa exactamente o cómo se traducirá del inglés al castellano la expresión que usa Short cuando dice "clear faith", lo que yo aquí me permito traducir como fe declarada, es decir, algo así como la siguiente garbosa declaración: ¡Sí, señores, yo soy católico, yo rezo el credo, yo creo que Jesucristo es Dios y hombre, yo estoy con la Iglesia y con el Papa! El que se atreviera a causar tal desparpajo en una reunión moderna ¿sería aplaudido como fiel cristiano o sería rechiflado como fundamentalista?

Ante las declaraciones firmes y precisas del teólogo Ratzinger, algunos líderes católicos, para no quedarse reservados y expresar algún comentario inteligente y respetuoso, sobre todo con ocasión de la muerte (perdón, del retiro de Benedicto XVI después de su abdicación), han dicho con sonora expresión que nos deja "un gran legado". Después no se toman el trabajo de precisar en qué consiste ese legado. Más bien algunos han lamentado y reclamado que quedó "en deuda", porque no hizo tales y tales cosas.

Eso de que el Papa dejó de hacer tales y tales cosas nos recuerda lo que también se ha dicho incluso de Jesucristo cuando le atribuyen cosas que no hizo, por ejemplo cuando afirman que durante su misteriosa vida de silencio en Nazaret anduvo aprendiendo no sé qué rarezas en la India, en Grecia y quizás hasta en la remotísima América. Los que salen con tales ocurrencias contradicen diametralmente el testimonio de los contemporáneos de Jesús, según el evangelio, los cuales no se explicaban la sorpresiva sabiduría de su paisano al que

conocían bien porque había vivido todo el tiempo con ellos en el mismo lugar.

Lo que se ve en todo esto es la tendencia de ciertas mentes a querer que la Iglesia y su fundador Jesucristo sean no lo que en realidad son sino lo que ellos quieren que sean. De ahí viene el empeño en “modernizar” la Iglesia y en desmontar su estructura improvisando otra construcción acorde con las circunstancias incansablemente cambiantes.

Pero viniendo al legado de la administración del Papa Ratzinger, si queremos concretarlo un poco y adelantar la temática del presente estudio, podemos señalar los siguientes puntos.

1. Rechazo firme y terminante de “las desviaciones y riesgos de desviación, ruinosos para la fe y para la vida cristiana, que implican ciertas formas de la teología de la liberación que recurren, de modo insuficientemente crítico, a conceptos tomados de diversas corrientes del pensamiento marxista. Esta llamada de atención de ninguna manera debe interpretarse como una desautorización de todos aquellos que quieren responder generosamente y con auténtico espíritu evangélico a la “opción preferencial por los pobres”. (Instrucción sobre algunos aspectos de la teología de la liberación. Roma, 1984).
2. Condenación del ateísmo y del relativismo.
3. Uso correcto de la hermenéutica científica, combinada con la hermenéutica de la fe, en la interpretación de la Sagrada Escritura.

4. Hermanamiento (nunca enfrentamiento) de la razón y de la fe, de lo científico y lo teológico, de lo histórico y de lo místico. Viene bien aquí citar un texto del libro "Introducción al cristianismo" (capítulo 1,6) en el que el teólogo Ratzinger da por feliz el hecho histórico, no casual sino providencial, de que el mensaje de la fe cristiana se vertiera en moldes léxicos de la filosofía griega.

"Si esto es así, la comprensión no sólo no se contraponen a la fe, sino que constituye su auténtico contenido. Ya que el saber de lo funcional del mundo, cosa que nos brinda el pensamiento técnico-científico-natural, no aporta ninguna comprensión del mundo ni del ser. La comprensión nace exclusivamente de la fe. Por eso, una área primordial de la fe cristiana es la teología, discurso comprensible, lógico (rationale, racional-inteligible) de Dios. Aquí radica el derecho inamovible de lo griego en lo cristiano. Estoy plenamente convencido de que no fue pura casualidad el que el mensaje cristiano, en su primera configuración, entrase en el mundo griego y que ahí se mezclase con el problema de la comprensión, de la verdad".

5. Concepto completo y correcto de la persona de Cristo, reivindicándolo de quienes lo despojan de su divinidad, así como los soldados que lo desnudaron para crucificarlo.
6. Definición y delimitación del papel propio de la Iglesia, partiendo de que el cristianismo no es un reino de este mundo (lo que lo reduciría a un reino más) sino el reino de los cielos.

Bueno, ¿y entonces? Ya que tanta importancia le da el cristianismo a Jesús como Dios hecho hombre y a la redención del mundo, desligándose de la responsabilidad material política y económica, para lo que están los gobiernos civiles, aunque la Iglesia tiene la obligación de ayudarlos, entonces ¿en qué consiste el proyecto cristiano, cuál es la concepción del mundo según el cristianismo? De ese proyecto cristiano nos ocuparemos en el siguiente capítulo tratando de interpretar las ideas de Benedicto XVI.



EL PROYECTO CRISTIANO

1. Conceptos fundamentales: gobierno del mundo, proyecto político y proyecto cristiano.

Dios y el mundo, he aquí el tema. El hombre en el mundo, he aquí el problema. Quién manda en el mundo, Dios o el hombre, he aquí el dilema.

El concepto de gobierno del mundo es un concepto muy usado y con un sentido muy propio por Benedicto XVI en sus encíclicas. Nos interesa hacer aquí ese señalamiento por la relación que guarda con los otros dos conceptos de proyecto político y proyecto cristiano.

Gobernar es dirigir y no se puede dirigir algo si previamente no se ha trazado una dirección. Ahora bien, lo dirigido o directo quiere decir lo recto y lo correcto, es decir, lo justo. Por eso Platón en su diálogo La República dice que la dirección del gobierno de un estado no puede ser sino la ejecución de la justicia.

El arte de gobernar, originaria y etimológicamente el manejo del timón de una nave y por consiguiente de toda la

maquinaria motora, pasó pronto a significar la sabiduría del piloto que conoce los movimientos del mar y los peligros de la navegación. Lo primero es pura mecánica, lo segundo es prudencia, prevención y rectitud moral.

Una vez que el piloto conoce bien su nave y prevé los peligros del mar, queda aún otra cosa no menos importante: saber bien a qué lugar o destino se dirige, para lo cual se necesita un itinerario y un programa, es decir, un proyecto.

El concepto de proyecto halla su completo sentido cuando se habla no del manejo de un vehículo sino del gobierno de un grupo humano o de un estado. Aquí sí que es necesario no solo tener bien definido el objetivo final, el lugar o lo que se desea realizar, sino también tener bien señalado y previsto el itinerario y el método de acción. A esto le llamamos proyecto.

Ahora, si recorremos la historia de los gobiernos y las culturas que han pasado por el mundo, notamos que le han puesto a la maquinaria y al piloto más atención que al objetivo final y al proyecto. De la impresión de que los antiguos reyes, lo mismo que los dictadores modernos y los presidentes, se sientan en el trono de un estado como dueños de la situación y comienzan a gobernar administrativamente como mecánicos, como si el estado fuera pura maquinaria. Les ha hecho falta un proyecto de base holística (concepción de totalidad) con visión sobrenatural y escatológica. Los reinos que han tendido tiránicamente a eternizarse han terminado en estacionarios y escleróticos en una repetición indefinida carente de creatividad.

Contra ellos la reacción lógica han sido las revoluciones sangrientas.

La fantástica arquitectura de la politeia (la república) de Platón en su búsqueda de la ciudad ideal y del hombre perfecto terminó desviándose en utopía y en instituciones imaginarias no funcionales en la realidad. Un proyecto lógico y correcto tiene que caracterizarse por ser pragmático y susceptible de programarse y calendarizarse, al menos en sus grandes líneas maestras.

Por la misma ruta platónica caminaron después todas las utopías dándole vuelo a la imaginación, mientras los imperios y las hegemonías de las naciones se sucedían y se turnaban no con espíritu utópico e idealista sino con la fuerza militar de la tiranía y del imperialismo. Resultado lógico de la disputa del poder fue la división y la confrontación de los pueblos y entonces fue, en la plenitud de los tiempos, cuando apareció encarnado el Hijo de Dios para salvar a la humanidad y darle unidad.

El teólogo Ratzinger, cuando se pregunta qué ha traído Jesús a la tierra, contesta que entre otras cosas, nos ha traído la universalidad y "el vehículo de esta universalización es la nueva familia", es decir, la unión de la humanidad formada por el cristianismo (Tomo I de Jesús de Nazaret, capítulo del Sermón de la montaña). Es hasta en el evangelio donde la humanidad cobra conciencia de sí misma, del verdadero concepto de mundo y de la necesidad de orientar todos los pueblos (no solo el pueblo de Israel) hacia un destino histórico común. Es cierto que el pueblo de Israel, a pesar de las enseñanzas de las

Sagradas Escrituras, se había concentrado en una especie de egoísmo teológico y no tenía mirada universal, a no ser la idea del indefinido reino mesiánico. Prueba de ello es el desprecio que sentían por los gentiles y luego el hecho de que Jesús, ya resucitado, viera la necesidad de buscarse un apóstol especial para los gentiles, San Pablo. Así es como se completa y se ejecuta el concepto de universalización de la humanidad.

Sin embargo, dicha universalización cargaba todavía con el complejo de la ley judía, con la que el gobierno era teocrático o cesaropapista y no distinguía suficientemente las dos funciones del gobierno del mundo, la civil y la religiosa. Dicha distinción y separación es una de las novedades traídas por el cristianismo, cosa que vio claramente San Pablo y fue objeto de su disputa con los judaizantes.

Una página muy importante e impactante del citado libro del Papa Ratzinger, que transcribimos a continuación, destaca este hecho y dice que “entraña y al mismo tiempo esconde un proceso que afecta a la historia universal y que, como tal, no se ha producido en ningún otro ámbito cultural”. (ob. cit. Pg. 150). La página completa es la siguiente.

“Aquí se produce un proceso muy importante que ha sido captado en todo su alcance sólo en la edad moderna, aunque poco después se ha entendido también de un modo unilateral y falseado. Las formas jurídicas y sociales concretas, los ordenamientos políticos, ya no se fijan literalmente como un derecho sagrado para todos los tiempos y, por tanto, para todos los pueblos. Resul-

ta decisiva la fundamental comunión de voluntad con Dios, que se nos da por medio de Jesús. A partir de ella, los hombres y los pueblos son ahora libres de reconocer lo que, en el ordenamiento político y social, se ajusta a esa comunión de voluntad, para que ellos mismos den forma a los ordenamientos jurídicos. La ausencia de toda la dimensión social en la predicación de Jesús -una carencia que, desde el punto de vista judío, Neusner critica de manera totalmente comprensible- entraña y al mismo tiempo esconde un proceso que afecta a la historia universal y que, como tal, no se ha producido en ningún otro ámbito cultural: los ordenamientos políticos y sociales concretos se liberan de la sacralidad inmediata, de la legislación basada en el derecho divino, y se confían a la libertad del hombre, que a través de Jesús está enraizado en la voluntad del Padre y, a partir de Él, aprende a discernir lo justo y lo bueno."

Desgraciadamente, como advierte líneas adelante el sagaz teólogo, la sabia distinción de los dos poderes y de las dos responsabilidades establecida por Jesucristo y enfatizada por San Pablo ha sido mal interpretada y peor aprovechada por el pernicioso laicismo.

"Mientras tanto, sin embargo, esta libertad se ha ido sustrayendo totalmente a la mirada de Dios y a la comunión con Jesús. La libertad para la universalidad y, con ello, la justa laicidad del Estado se ha transformado en algo absolutamente profano -en "laicismo"- cuyos

elementos constitutivos parecen ser el olvido de Dios y la búsqueda en exclusiva del éxito”.

Pero la cosa no termina allí. La división de los dos poderes y el agarrar para sí la tajada más grande el poder civil termina en muchos casos en una franca contienda y en una lucha declarada de una sociedad descristianizada contra la influencia de la Iglesia. Aquí se basa la lucha del solitario Benedicto XVI que con voz débil, no de orador de plaza pública, ha hablado como un Juan Bautista en el desierto.

A través de las consideraciones anteriores llegamos en definitiva al concepto del mundo y de la humanidad como una unidad global cada vez más interrelacionada e interdependiente, no solo por la intercomunicación, por la necesidad ecológica y por razones económicas y culturales que lógicamente tienden a la solidaridad, sino por algo más fuerte: por la manifiesta voluntad divina que así le place gobernar a los hombres. Dios, desde arriba, ve al mundo como totalidad y lo maneja con sus dos manos por medio de dos instrumentos, el poder político que está confiado a las autoridades civiles y la fuerza espiritual de la religión en manos del sacerdocio. Al decir poder político o de la polis incluimos los poderes de la ciencia, de la economía y de la cultura en general. No entramos aquí en la discusión ni de la superioridad de la religión cristiana bajo la dirección de la única Iglesia fundada por Jesucristo ni de la posibilidad cada vez más anhelada del discutido ecumenismo. El ecumenismo suena algo así como la inevitable tolerancia y la sufrida convivencia, una especie de mal menor, para reconocer a los hijos pródigos que vuelven pero que no dejan sus mañas, así como los enemigos

declarados que se juntan en el mismo vecindario. Un guiso gastronómico demográfico no sé de qué sabor. Como quiera que sea o que se vea, Dios alumbra para buenos y malos. Además, ni los buenos son tan buenos ni los malos tan malos como parecen.

En un tal mundo, polemizado, ecumenizado o solo humorísticamente amenizado, nos quedan dos preguntas por hacer o dos conceptos por establecer: el de proyecto político y el de proyecto cristiano.

Hemos dicho que los regímenes civiles a través de la historia han carecido de un verdadero proyecto político. En cada país, en cada imperio, en cada régimen, el propósito no ha pasado de ser el mantenimiento del poder y la gloria de la nación.

Imposible describir la multitud de criterios en las distintas formas de gobierno. Además, a nadie se le ha ocurrido un proyecto para dominar a todo el mundo, a todo el globo terráqueo. En cambio el proyecto cristiano, el reino de Cristo, que Él dijo que no es de este mundo, es en realidad el único que se ha ocupado de este mundo y de este mundo en su totalidad y en su perennidad, es decir, en las dos coordenadas de su realidad espaciotemporal: la diacrónica y la sincrónica.

En qué consiste, cómo se define, cómo se puntualiza, qué es lo que le toca y qué es lo que no le incumbe a lo que venimos llamando proyecto cristiano, es cosa que, a través de la historia, por experiencia de verdad y error, se ha venido concretando tanto en las obras de la Iglesia como en sus documentos doctrinales. El tema, de suyo complicado y siempre en estudio,

se irá tratando en las siguientes páginas, sobre todo cuando hablemos de las encíclicas, concretamente las de Benedicto XVI.

Las tres encíclicas de Benedicto XVI, que como veremos forman unidad y constituyen un tratado que debe leerse como tal y como totalidad, son la respuesta a nuestra pregunta sobre el proyecto cristiano, el proyecto que Dios tiene sobre el mundo. La base (filosófica, histórica y teológica) la de la primera encíclica sobre el amor. La segunda señala el fin específico cristiano. La tercera especifica la forma en que debe realizarse el proyecto cristiano (específicamente espiritual, sobrenatural y escatológico) en colaboración y simbiosis con las fuerzas naturales y las leyes políticas del mundo. Las tres encíclicas forman una concepción del mundo que es a la vez metafísica y teológica.

2. *Introducción al cristianismo.*

Pocas veces ha sido tan oportuno y tan apropiado el título de "introducción" como en este libro de "Introducción al cristianismo" escrito por Benedicto XVI. En efecto, una introducción o entrada en el cristianismo, intentada en estos tiempos que son más bien una fuga y una repulsa, suena como una reacción para volver, para regresar y para recuperar algo que se ha dejado, se ha rechazado o se ha olvidado. La cargada atmósfera moderna, desde el racionalismo para acá, ha llovido de todo sobre el sembrado no siempre bien cuidado de la Iglesia Católica. Han caído rayos de fuego y también granizadas de indiferencia. Ha llegado quizás el tiempo predicho por Benedicto XVI en que "los hombres de un mundo total y plenamente planificado se sientan indeciblemente solitarios" (Fe y futuro, 5)

Introducirse ahora en el cristianismo significa redescubrirlo, recuperarlo, limpiarlo y reivindicarlo. Es lo que se ha esforzado por hacer Joseph Ratzinger como teólogo asesor, como Prefecto defensor de la fe y como Papa.

Pero antes de seguir adelante hay todavía una distinción importante que hacer. Una cosa es introducir el cristianismo dentro del mundo actual y otra muy contraria introducir al mundo dentro del cristianismo. Lo primero es lo difícil, porque supone ir contra la corriente, meter la levadura dentro de la masa y hacer que la piedra se convierta en pan. En cambio meter al mundo dentro del cristianismo es tratar de mundanizar o de modernizar el cristianismo, es decir, inocularle un componente químico que lo desnaturalice. Ambas cosas se están haciendo. De aquí para allá y de allá para acá. Cristianizar el mundo y mundanizar el cristianismo.

La introducción al cristianismo en el sentido que le da Ratzinger es un intento de alertar a los cristianos (sobre todo, pero a los no cristianos también) y despertarlos para que se den cuenta del peligro en que se hallan inmersos por no tomar en serio el hecho de que Dios bajó al mundo para hacerse hombre, para salvarnos y para dejarnos una norma de vida.

Dejando a un lado el hablar mal de los demás y el menospreciarlos llamándolos "no cristianos", el cristiano de hoy tiene que pararse en seco, antes de entrar mecánicamente y rutinariamente en una iglesia, y preguntarse: ¡Bueno, yo de verdad creo, todavía creo, en qué creo?

Tal es la situación que le ha preocupado a Benedicto XVI durante toda su vida. Es una constante que salta a la vida desde su libro "Introducción al cristianismo", publicado en su primera edición en 1968, hasta sus tres encíclicas, pasando por las conferencias de radio de allá por 1970.

Las palabras con que comienza el capítulo primero, titulado "La fe en el mundo de hoy", no pueden ser más impactantes y patéticas cuando trae a cuento la parábola del payaso que narra Kierkegaard para darnos la idea del teólogo creyente que quiere convencer a los no creyentes de que el fuego que amenaza al mundo y que lo está ya consumiendo es la incredulidad.

"En Dinamarca un circo fue presa de las llamas. Entonces, el director del circo mandó a un payaso, que ya estaba listo para actuar, a la aldea vecina para pedir auxilio, ya que había peligro de que las llamas llegasen hasta la aldea, arrasando a su paso los campos secos y toda la cosecha. El payaso corrió a la aldea y pidió a los vecinos que fueran lo más rápido posible hacia el circo que se estaba quemando para ayudar a apagar el fuego. Pero los vecinos creyeron que se trataba de un magnífico truco para que asistiesen los más posibles a la función; aplaudían y hasta lloraban de risa. Pero al payaso le daban más ganas de llorar que de reír; en vano trató de persuadirlos y de explicarles que no se trataba de un truco ni de una broma, que la cosa iba muy en serio y que el circo se estaba quemando de verdad. Cuanto más suplicaba, más se reía la gente,

pues los aldeanos creían que estaba haciendo su papel de maravilla, hasta que por fin las llamas llegaron a la aldea. Y claro, la ayuda llegó demasiado tarde y tanto el circo como la aldea fueron pasto de las llamas”.

“Está claro que esta imagen es en cierto modo un reflejo de la agobiante situación en que se encuentra el pensamiento teológico actual, que no es otra que la abrumadora imposibilidad de romper con los clichés habituales del pensamiento y del lenguaje, y la de hacer ver que la teología es algo sumamente serio en la vida humana”.

En la segunda parte del libro, dedicada a Jesucristo, vuelve sobre la situación patética y aparentemente insensata del creyente que se atreve a confesar su fe en una sociedad de incrédulos que presumen de científicos y de modernos.

“El problema de confesar a Jesús, hoy.

Como dijimos brevemente en la introducción, es en la segunda parte del credo donde encontramos el escándalo propiamente dicho de lo cristiano: la fe dice que Jesús, un hombre que murió crucificado en Palestina hacia el año 30, es el Cristo (Ungido, Elegido) de Dios, el Hijo de Dios, el centro de la historia humana y el punto en que ésta se divide. Parece arrogante e insensato afirmar que alguien que se pierde irremisiblemente en el pasado es el centro decisivo de toda la historia humana”.

Otra idea constante del teólogo Ratzinger es que la fe no es un fenómeno mental puramente intelectual y frío motivado

por una idea, o sea la adhesión a una creencia, a un criterio sobre la vida. Es algo más, algo más vivo, íntimo y emocional que sucede en las entrañas del ser. Tan importantes es este concepto de la fe, que el Papa Benedicto XVI, en su primera encíclica (*Deus caritas est: Dios es amor*), la pone como afirmación apodíctica y ferviente en la entrada misma del documento:

"Hemos creído en el amor de Dios: así puede expresar el cristiano la opción fundamental de su vida. No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva".

El capítulo de "Introducción al cristianismo" que venimos citando dice el final (7, *Creo en ti*):

"Todavía no hemos hablado del rasgo más fundamental de la fe cristiana: su carácter personal. La fe cristiana es mucho más que una opción a favor del fundamento espiritual del mundo. Su enunciado clave no dice "creo en algo", sino "creo en ti". Es el encuentro con el hombre Jesús y en ese encuentro experimenta el sentido del mundo como persona".

Más adelante, refiriéndose claramente a la certeza que el hombre necesita sobre su destino y su felicidad después de la muerte, dice lo siguiente:

"La fe es, pues, encontrar un tú que me sostiene y que, en medio de todas las carencias y de la última y de-

finitiva carencia que comporta el encuentro humano, regala la promesa de un amor indestructible que no solo ansía la eternidad sino que la otorga”.

Llegados a este punto en el libro que es una entrada al cristianismo en general, a través del símbolo del credo, y a la gran construcción histórica que es la Iglesia, se siente la necesidad de que se desarrolle más ampliamente la personalidad de Jesús. Eso es cabalmente lo que hace Benedicto XVI en su libro que publicó ya siendo Papa pero que había venido pensando durante toda su vida. Así entramos al capítulo siguiente de este estudio.

3. Jesús de Nazaret.

El libro “Jesús de Nazaret” es, sin duda, el que el Papa prefiere entre sus escritos. Es el que ha escrito con más cariño y con más celo apostólico de apologista moderno. Lo dice expresamente y con evidente satisfacción en las primeras palabras del tomo que se publicó primero y que abarca desde el bautismo hasta la transfiguración de Jesús: “Este libro sobre Jesús, cuya primera parte se publica ahora, es fruto de un largo camino interior”. Luego hace una buena referencia a la lucha de los teólogos racionalistas y modernistas con su “Cristo histórico” para derribar o desprestigiar al “Cristo de la fe”.

Frente a los teólogos que esgrimen como arma destructora el método histórico crítico, Joseph Ratzinger, hombre moderno entre los modernos y personificación del fiel cristiano del siglo XXI, hace alarde de conocer y de usar ese método, consciente de las limitaciones del mismo y sin atribuirle más

poder del que tiene, manteniendo así (usando al mismo tiempo la hermenéutica de la fe) la fidelidad a la ortodoxia de la tradición. Movido y urgido por una verdadera inspiración o voz interior que le aconseja aprovechar su situación privilegiada del papado dice lo siguiente al finalizar el citado prólogo: "Me parecía urgente presentar sobre todo la figura y el mensaje de Jesús en su vida pública". Hay evidentemente en las expresiones de Benedicto XVI una emoción y una obsesión. Lo que a él le ha obsesionado toda la vida es "la búsqueda personal del rostro del Señor", citando las palabras del Salmo 27,8. Está consciente de que dar ese testimonio es su misión y quizá previendo que su paso por el pontificado va a ser muy breve. A eso se debió la publicación "urgente" del primer tomo en 2007 y hasta el 2011 la del segundo, quedándose para el 2012 el que debía haber sido el primero, sobre la infancia de Jesús. La obsesión del teólogo apóstol y apologista no pueden ser más evidentes en medio de los quehaceres hacendosos y conflictivos de la agenda papal. En medio de todo ese ajetreo hay algo interior y profundo que mueve al Papa intelectual.

Con razón ahora, después de tener en las manos los tres tomos de "Jesús de Nazaret": 1) La infancia de Jesús, 2) Desde el bautismo a la transfiguración, y 3) Desde la entrada en Jerusalén hasta la resurrección, cabe que nos preguntemos: ¿Qué es, en claro y en síntesis, lo que Ratzinger nos dice de Jesús? ¿Cuál es el perfil que nos dibuja de su personal? ¿Qué trajo Jesús a la tierra, qué vino a hacer y qué es lo que quiere que nosotros hagamos?

La respuesta a todas estas preguntas y a otras similares que nosotros nos hagamos nos la da Dios mismo por medio de un ángel que se aparece en sueños a José en el momento mismo en que el verbo se está haciendo carne en las entrañas de María. La respuesta es el mismo nombre de Jesús que quiere decir salvador, porque viene a salvar al hombre de sus pecados. Aquí está la clave y la palabra luminosa que ha de acompañarnos durante todo el estudio de la persona de Cristo, para no perdernos.

La promesa del perdón de los pecados, dice Ratzinger, parece demasiado grande y demasiado pequeña. Demasiado grande y vaga que no nos entusiasma ni consuela, porque ¿qué ganamos con esa invisible limpieza espiritual? De qué problema salimos si solo se atiende lo espiritual invisible y no se resuelven nuestras apremiantes y dolorosas carencias materiales? Sin embargo es aquí donde están el secreto y la solución. El mal está en el pecado y si el hombre se libra de él está capacitado para resolver todos los demás problemas. La prioridad del perdón de los pecados es fundamental.

Así, en el tomo primero cuyo tema es la infancia de Jesús, se nos da la guía para entender todo el libro. El teólogo Ratzinger es rigurosamente lógico y lineal en su desarrollo.

En el tomo segundo, al tratar de las tentaciones de Jesús, vuelve al mismo tema para advertirnos que no perdamos de vista el verdadero perfil del Jesús auténtico y, por consiguiente, de la auténtica Iglesia.

"Pero, ¿no decimos una y otra vez a Jesús que su mensaje lleva a contradecir las opiniones predominantes, y así corre el peligro del fracaso, el sufrimiento, la persecución? El imperio cristiano o el papado mundano ya no son hoy una tentación, pero interpretar el cristianismo como una receta para el progreso y reconocer el bienestar común como la auténtica finalidad de todas las religiones, también de la cristiana, es la nueva forma de la misma tentación. Ésta se encubre hoy tras la pregunta: ¿Qué ha traído Jesús, si no ha conseguido un mundo mejor? ¿No debe ser éste acaso el contenido de la esperanza mesiánica?"

"Pero Jesús nos dice también lo que objetó a Satanás, lo que dijo a Pedro y lo que explicó de nuevo a los discípulos de Emaús: ningún reino de este mundo es el Reino de Dios, ninguno asegura la salvación de la humanidad en absoluto. El reino humano permanece humano, y el que afirme que puede edificar el mundo según el engaño de Satanás, hace caer el mundo en sus manos.

Aquí surge la gran pregunta que nos acompañará a lo largo de todo este libro: ¿qué ha traído Jesús realmente, si no ha traído la paz al mundo, el bienestar para todos, un mundo mejor? ¿Qué ha traído?"

La respuesta es muy sencilla: a Dios. Ha traído a Dios".

El reino de Dios, pues, que no es el de este mundo, se ha hecho presente en la persona de Cristo y en sus obras. Ahora

bien, todas esas obras y toda esa doctrina se encuentran como en una exposición y como en un centro de acopio en esa gran casa de todos que es la Iglesia. Es en la Iglesia donde se perpetúan y actúan las obras y las enseñanzas de Cristo. Cristo no dejó su obra dispersa y a merced de los aventureros, de los mercenarios, de los charlatanes y de los profetoides fundadores de religiones, sino que la dejó bien guardada y defendida en una institución.

Ahora, si echamos una mirada a la historia de la Iglesia y a lo que ha sido el cristianismo hasta nuestros días, podemos señalar los siguientes puntos en el impresionante panorama.

Primero, la venida del propio Dios al mundo en la persona encarnada de Cristo. Mejor todavía: Dios no solo ha venido y nos ha visitado sino que se ha quedado con nosotros. Eso es lo que significa su nombre de Emmanuel.

Segundo, Dios con nosotros ha unificado en torno suyo a la humanidad. Nos ha dado el sentido de familia y de universalidad. Ya no es la discriminación de Israel o pueblo escogido por un lado y los gentiles por otro. Somos uno solo, el pueblo de Dios.

Tercero, nos ha venido a recordar el sentido escatológico y triunfal de la vida. Dicho con menos palabras: el sentido de la vida. El sentido de la vida es la ultravida, es decir, la vida después de la muerte, la vida en plenitud, en eternidad y en felicidad.

Cuarto, nos ha traído la libertad total y la autonomía propia de la mayoría de edad, definiendo (no poniendo en

confrontación) los dos campos, el humano o civil y el divino o religioso, como explicamos antes.

Quinto, nos ha dejado en forma puntualizada una norma de vida y un camino, poniendo en armonía la ley moral natural y el derecho con la ley positiva religiosa basada en la fe.

Sexto, ha establecido una autoridad y una jerarquía sacerdotal con liturgia y sacramentos en la Iglesia Católica que tiene sus unidades en el mundo entero formando un solo cuerpo místico que es el cuerpo de Cristo. Esta institución es la casa de todos, el hogar de la humanidad.

Séptimo finalmente, quien contempla esa ciudad de Dios en simulacro, ensayo hecho de barro deleznable que prefigura una ciudad eterna que se levantará con oro indestructible, observa que en ella reina como la más oficiosa servidora una mujer singular, la Virgen María, la Madre del Dios hecho hombre, la *ancilla Domini*. Cristo nos trajo a María, Madre de todos los hombres, la nueva Eva. Mejor dicho, no la trajo sino que bajó antes invisiblemente a formarla, como un ave que prepara su nido, para venir después a reposar en ella. María es la flor de la humanidad. Prodigio tan grande, obra de Dios tan acabada, modelo de belleza y de mujer madre-virgen, no la tienen ni pudieron imaginarla jamás las demás religiones.

Ahora solo nos resta preguntar qué nos promete el cristianismo después de que por la fe entremos en este engranaje de la concepción teológica del mundo. En qué pararemos y cómo entraremos al reino del más allá después de haber vivido en el más acá con las normas del dogma y de la moral del cristianismo.

La respuesta tenemos que hallarla en el modelo de triunfo y de felicidad que es Cristo resucitado, puesto que, si Cristo resucitó, también nosotros resucitaremos como enseña San Pablo.

- ¿Qué nos promete el cristianismo?
- La felicidad.
- ¿En qué consiste la felicidad?
- En estar en Dios.
- ¿Cómo estaremos en Dios? ¿Como puros espíritus o con cuerpo y alma resucitados?

Leamos ahora lo que nos dice el teólogo Ratzinger al final del segundo tomo de "Jesús de Nazaret".

"Ciertamente, en los testimonios sobre la resurrección se habla de algo que no figura en el mundo de nuestra experiencia. Se habla de algo nuevo, de algo único hasta ese momento; se habla de una dimensión nueva de la realidad que se manifiesta entonces. No se niega la realidad existente.

Se nos dice más bien que hay otra dimensión más de las que conocemos hasta ahora. Esto, ¿está quizás en contraste con la ciencia? ¿Puede darse sólo aquello que siempre ha existido? ¿No puede darse algo inesperado, inimaginable, algo nuevo? Si Dios existe, ¿no puede acaso crear también una nueva dimensión de la realidad humana, de la realidad en general? La creación, en el fondo, ¿no está en espera de esta última y suprema "mutación", de este salto cualitativo definitivo?

¿Acaso no espera la unificación de lo finito con lo infinito, la unificación entre el hombre y Dios, la superación de la muerte?”

Al cerrar este capítulo hacemos una observación muy importante y es que el lenguaje y los conceptos que hemos venido usando al tratar de entender la persona y el mensaje de Jesús han sido demasiado elevados y espirituales, como que se trata nada menos que del misterio en que se juntan la humanidad y la divinidad. Pero, entonces, ¿qué hacemos en la vida práctica con la ponderosa y agobiante sabiduría de la divina revelación? No puede llevar la mente semejante peso a cuestras en la vida diaria. Es necesaria una traducción, un alivio y un descenso que pasen de lo místico a lo sensible, a lo laborable, a lo social. Observación acertada y necesaria, tan necesaria, que no otra cosa es la que hacen la teología moral y los documentos de la Iglesia cuando convierten en normas de conducta individual y social los elevados dogmas de la fe. Es lo que veremos a continuación estudiando las encíclicas de Benedicto XVI.

4. Las encíclicas.

En el segundo tomo del libro "Jesús de Nazareth" (del bautismo a la transfiguración), en el capítulo dedicado al reino de Dios, se refiere Benedicto XVI a la frustración de los que ven una brecha insalvable entre lo que realmente prometió Jesús y lo que después predicaron los apóstoles y vino a terminar en la formación de la Iglesia. Impresiona la cita que hace de las palabras del apóstata Alfred Loisy:

"Otra variante de estas concepciones que abren una fosa entre Jesús y el anuncio de los apóstoles se encuentra en la afirmación, que se ha hecho famosa, del modernista católico Alfred Loisy: "Jesús anunció el Reino de Dios y ha venido la Iglesia". Son palabras que dejan transparentar ciertamente ironía, pero también tristeza: en lugar del tan esperado Reino de Dios, del mundo nuevo transformado por Dios mismo, ha llagado algo que es completamente diferente "¡y qué miseria!": la Iglesia."

Esta miseria que sus enemigos dicen que es la Iglesia, esta decepción, esta "corrupción" tan reprochada del Vaticano, esta institución oficializada, convertida en estado y casi militarizada de cuyo inicio se culpa al emperador romano Constantino, esta etcétera etcétera es, sin embargo, la única depositaria autorizada de la revelación, traída por Jesucristo y de las normas por Él establecidas como ley fundamental y como estructura visible del reino de Dios aquí en la tierra.

Tales son las verdades que ha venido a recordar el teólogo Ratzinger, despertando a un alumnado dormido que ha olvidado la lección del día de ayer. El catedrático Ratzinger puede comenzar su lección diciendo las célebres palabras de Fray Luis de León cuando reanudó su cátedra al volver de la Inquisición: Como decíamos ayer.

La Iglesia, como institución mundial que tiene su jefe y sus oficinas centrales en el Vaticano y de la cual son filiales las diócesis con sus respectivos obispos en todo el mundo, tiene su propio sistema de comunicación *urbi et orbi*, no solo para los

católicos sino para toda la humanidad. Es un hecho innegable que católicos y no católicos, de buen o de mal grado, toman en cuenta o se dan cuenta de las disposiciones que vienen de Roma. Ninguna otra institución o autoridad legisla para el mundo entero. Nadie como la Iglesia de Cristo se ha hecho cargo de la responsabilidad del mundo en cuanto tal y en cuanto total. El Papa es la figura visible más importante y respetada entre los jefes de estado y líderes de las naciones. No es posible imaginar lo que sería de la humanidad el día que faltara ese centro de unidad, ese punto de referencia, esa brújula espiritual, esa garantía de seguridad, esa sombra visible de Dios que es la Iglesia de Cristo.

Con estas consideraciones introductorias vamos a continuación a referirnos a las encíclicas de Benedicto XVI.

Primera encíclica:

Deus Caritas est, "Dios es amor".

Hemos dicho (y ahora lo enfatizamos) que las tres encíclicas de Benedicto XVI forman una unidad y deben leerse de seguido para entenderlas. Estábamos acostumbrados a encíclicas papales que trataban problemas concretos y temas puntuales por separado, con un tono admonitorio de sabor moralista y social. En cambio las encíclicas de Benedicto XVI tratan en forma unitaria el problema total del cristianismo en el mundo. Son una concepción metafísica y teológica, una cosmovisión. El tono de la redacción es docente, más hablado que escrito, doctrinario y al estilo de una cátedra universitaria. No es un estilo popular. Es intelectual y de seriedad académica, a ratos difícil y técnico.

Así está bien, muy bien porque es lo que nos hacía falta en un ambiente en que a los que respetan el magisterio oficial de la Iglesia se les llama (con insolentes entrecomillas) conservadores, ortodoxos, tradicionales y seguidores de una "moral casuística".

Yo no me canso de señalar y de subrayar esta característica visible de catedrático de Benedicto XVI porque es la nota sobresaliente de su personalidad, el perfil, el núcleo y el método de su enseñanza. Este, que es el Papa del siglo XXI, el profeta de nuestro tiempo, el guía que está señalando el rumbo para la Iglesia de bastantes años adelante, ha tenido por misión encomendada por Dios el venir a recordarnos que la fe es el fundamento de todo y que esta fe está expresada en el símbolo que es el credo, es decir, en la aceptación de Cristo como Dios y hombre y en la Iglesia por Él fundada, con todo el conjunto de dogmas y de sacramentos que eso supone. Es aquí donde recordamos la advertencia que hacía Romano Guardini (El espíritu de la liturgia, cap. VII, "Primado del logos sobre el ethos") cuando lamentaba que la tendencia a restarle importancia a la fe y a sustituirla por la emoción de la acción era notoria en Europa y que había venido a "encarnar crudamente y sin velos en el Nuevo Mundo". Efectivamente aquí cada vez más se hacen patentes el desprecio y el desconocimiento de los artículos de la fe, es decir, esa parte "teórica" que es la divinidad de Cristo con todo su cortejo de consecuencias lógicas. Tal actitud es todavía más chocante cuando se observa incluso entre cristianos y aun entre clérigos. Hay una ignorancia insolente con respecto a las verdades teológicas llamadas "escolásticas" a las que no se les ve ninguna relación con la vida práctica y mucho menos

con el espíritu moderno dominado por el indiscutible poder de la ciencia y por el capricho del relativismo. Esto es lo que ha comprendido Benedicto XVI, le ha alarmado y se ha puesto como catedrático a enseñar de nuevo el cristianismo. La tan alardeada nueva evangelización tiene que comenzar por aquí, por evangelizar a los evangelizadores.

Las palabras con que comienza Benedicto XVI la cátedra de su primera encíclica son impactantes. Suenan a Génesis y a Evangelio de San Juan. Suenan también como música de fondo las notas de la Novena Sinfonía de Beethoven y sopla en ellas el fuerte aroma del amor universal del Espíritu Santo. Después de citar el versículo 16 del capítulo 4 de la Primera Carta de San Juan dice: "Estas palabras expresan con claridad meridiana el corazón de la fe cristiana: la imagen cristiana de Dios y también la consiguiente imagen del hombre y de su camino".

Además, añadimos nosotros, aquí en este párrafo introductorio se dibuja el perfil de Benedicto XVI y se anuncia el tema y el método de su pontificado.

La parte primera de la encíclica es sin duda la más admirable y la más "ratzingeriana". No he leído, en lo que yo conozco sobre filosofía del amor, una síntesis más completa y un análisis más profundo y audaz que abarque el concepto del amor, desde su mera entraña original humana como eros con toda su implicación carnal y sexual, hasta las más altas cotas (n.6) de íntima pureza y de elevación mística (Cantar de los Cantares), pasando por el lamentable y conmovedor experimento de la prostitución sagrada del paganismo (Veáanse

las prostitutas sagradas en Oseas 4,14), en la cual sin embargo se reconoce que había un intento de éxtasis y un anhelo de comunión con la divinidad (n. 4).

La hazaña de amor (epopéyica, cósmica, divina y humana) se describe con trazos de luz apocalíptica como una actuación estelar de Dios y el hombre juntos en el teatro del universo. La figuración de tal espectáculo de la historia se representa en la escala del sueño de Jacob (n.7), en la que la evolución y sublimación del amor van desde el eros hasta la eucaristía y desde la contemplación del tercer cielo hasta la identificación con el prójimo que sufre en lo profundo de la desgracia.

Los grados o momentos señalados en la escala del amor son cinco.

Primer grado: el eros: Eros (tendencia, deseo, necesidad del otro) es el amor original y fundamental. Ratzinger, como agudo psicólogo, lo dice de manera contundente:

“En primer lugar, recordemos el vasto campo semántico de la palabra «amor»: Se habla de amor a la patria, de amor por la profesión o el trabajo, de amor entre amigos, entre padres e hijos, entre hermanos y familiares, del amor al prójimo y del amor a Dios. Sin embargo, en toda esta multiplicidad de significados destaca, como arquetipo por excelencia, el amor entre el hombre y la mujer, en el cual intervienen inseparablemente el cuerpo y el alma, y en el que se le abre al ser humano una promesa de felicidad que parece irresistible, en comparación del cual palidecen, a primera vista, todos los demás tipos de amor.”

Segundo grado: la filía. Es el amor de amistad, no lacerante, perturbador y reproductivo como el eros sexual pero sí fecundo en sentimientos y que satisface muchas necesidades periféricas y sociales del corazón. Mediante la filía se pasa de la familia a la sociedad, a la comunidad. Más allá de la amable filía se extiende el amplio mundo de las relaciones sociales, el alegre intercambio comercial, las regulaciones del derecho, las construcciones y demarcaciones de la política y las ensoñaciones del arte y la poesía. Todavía después alejándose del centro racional sigue la región del libertinaje, de la violencia y del crimen. Se divisa por aquí la posible salida trágica de la humanidad hacia su propia destrucción.

Tercer grado: el ágape. Contraria a la tendencia centrífuga que acabamos de mencionar, está este tercer grado del amor que es la mejor forma de sociedad, el ágape. En el sentido actual que se da a la palabra, ágape significa banquete, amor de reunión amistosa; pero en la encíclica tiene un sentido más alto y es el nombre que se da a la forma del amor divino, amor que asume al eros, lo purifica y lo sublima. El ágape divino, que es la forma del eros de Dios, se manifiesta, como dice el teólogo Ratzinger, con un realismo inaudito (n.12) en la Encarnación del Verbo. "Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único, para que todos los que creen en él tengan vida eterna" (Juan 3,16).

Cuarto grado: la caridad. En Benedicto XVI la caridad adquiere una nueva dimensión, su verdadera dimensión. La caridad, en primer lugar y etimológicamente, es una gracia, un

don, el don del amor de Dios al hombre. La palabra y el concepto de don es insistentemente repetido por el Papa Ratzinger (sobre todo en la tercera encíclica, *Caritas in veritate*) para que siempre se tenga en cuenta. Todo es don de Dios, comenzando por el ser mismo de nuestra existencia. *Cáritas*, la caridad, es el don en lo que tiene de más gracioso, gratuito y agradable, lo que se da con la intención explícita de caer bien y ganar la voluntad del otro. De ahí el nombre de las tres Gracias de la mitología griega, de las que dice Juan Richepin (*"Mitología Clásica"*): "El genio griego no ha producido nada más idealmente puro que estas divinidades que personifican ante todo el don de agradar".

La caridad, como forma perfecta del amor, es el amor universal que no excluye a nadie, al contrario, incluye hasta a los enemigos, pero sobre todo al "prójimo", es decir al más necesitado y que se tiene cerca de nuestra acción.

De aquí que la caridad se defina en la encíclica como la forma típica, específica y congenial del amor y de la acción de la Iglesia. Así definida la caridad se pone enfrente del concepto de justicia y sirve para distinguir y delimitar la jurisdicción y la responsabilidad del estado y de la Iglesia. Este puesto de encrucijada es quizás el más delicado y polémico del pensamiento de Benedicto XVI, el que nos deja como legado intelectual, sobre todo en este tiempo en que tanto se empuja a la Iglesia a que minusvalore su dimensión espiritual- sobrenatural-escatológica para mezclarse y confundirse con las potestades civiles en el empeño de "mejorar el mundo". La mente clara y sincera del Papa teólogo no se deja confundir.

Quinto grado: la eucaristía. El realismo inaudito del amor de Dios de que habla la encíclica en el número 12 se manifiesta de dos maneras que llegan al extremo, al telos, al colmo: primero la muerte del Dios encarnado, en la cruz y, segundo, el haberse quedado con nosotros en la eucaristía, es decir, en el pan y el vino de la misa, en las hostias consagradas de los sagrarios. Si no hay amor más grande que el del que da la vida por sus amigos (Juan 15,13), Cristo la ha dado por nosotros de esas dos maneras de realismo inaudito y de Kenosis que ha llegado hasta el más profundo rebajamiento. "Si el mundo antiguo había soñado que, en el fondo, el verdadero alimento del hombre-aquello por lo que el hombre vive-era el Logos, la sabiduría eterna, ahora este Logos se ha hecho para nosotros verdadera comida, como amor" (n.12).

Pongamos ahora especial atención en la eucaristía. ¿Quién jamás pudo pensar en la posibilidad de que Dios bajara de su trono y se hiciera hombre? Pero ahora algo más inconcebible: ¿A quién pudo jamás ocurrírsele que Dios, ya encarnado, se convirtiera en alimento, en forma de pan y vino, y que así se quedara con nosotros durante toda nuestra travesía histórica por el mundo?

La inteligencia y la imaginación se detienen aquí. Echamos una mirada a la redondez del planeta y pensamos en los miles de miles de sagrarios que hay en las ciudades y en los lugares más apartados. ¿Qué significa, qué nos da y qué nos garantiza ese reparto a granel de las especies eucarísticas que contienen a Jesús? Nos suena a desatino y a blasfemia lo que vamos a decir pero esas capillas del Santísimo se nos antojan

como centros de distribución de alimentos o de comida gratuita y también como puestos de vigilancia y de seguridad de una policía divina. Porque algo hace Dios desde allí de esos centros misteriosos donde parpadea una lucecita alimentada por aceite. Los sagrarios son centros de irradiación de energía espiritual. Algo sale de allí que se esparce en derredor y llega al psiquismo de los gentes que allí viven o por allí pasan. La humanidad se mantiene segura y no perece, gracias a la acción de esa vigilancia divina. Mientras tanto las almas cristianas sensibles, ¡que las hay!, seguramente reciben esa corriente de energía en sus corazones. Un alabado popular de emotiva entonación mística lo dice en los siguientes versos:

¿A quién, divino amante,
buscas en esas aras,
oculta tu grandeza,
repartiendo tus gracias?

Si a mí, Señor, me buscas,
si a mí, Señor, me llamas,
aquí tienes mi vida,
mi corazón y mi alma.

Por si a más de alguno este desahogo piadoso le ha parecido ingenuo y que es un retraerse a la privacidad cómoda del que hace caso omiso de la "realidad", leamos la advertencia del severo teólogo Ratzinger que nos aclara que el sagrado deleite de la intimidad eucarística no es un desentenderse de la responsabilidad social.

"14. Pero ahora se ha de prestar atención a otro aspecto: la «mística» del Sacramento tiene un carácter social, porque en la comunión sacramental yo quedo unido al Señor como todos los demás que comulgan: «El pan es uno, y así nosotros, aunque somos muchos, formamos un solo cuerpo, porque comemos todos del mismo pan», dice san Pablo (1 Co 10, 17). La unión con Cristo es al mismo tiempo unión con todos los demás a los que él se entrega. No puedo tener a Cristo sólo para mí; únicamente puedo pertenecerle en unión con todos los que son suyos o lo serán. La comunión me hace salir de mí mismo para ir hacia Él, y por tanto, también hacia la unidad con todos los cristianos. Nos hacemos «un cuerpo», aunados en una única existencia. Ahora, el amor de Dios y al prójimo están realmente unidos: el Dios encarnado nos atrae a todos hacia sí. Se entiende, pues, que el ágape se haya convertido también en un nombre de la Eucaristía: en ella el ágape de Dios nos llega corporalmente para seguir actuando en nosotros y por nosotros. Sólo a partir de este fundamento cristológico-sacramental se puede entender correctamente la enseñanza de Jesús sobre el amor".

Con las afirmaciones transcritas queda asegurado el fundamento teológico de la caridad como doctrina social de la Iglesia o dicho viceversa: de la doctrina social de la Iglesia en su auténtico sentido de caridad, no de política ni de ideología. El proceso lógico que ha venido siguiendo el autor, desde el concepto original del amor como eros y que ha subido hasta la cumbre sacramental de la eucaristía, lo lleva a desembocar en

la doctrina social de las encíclicas, desde la celeberrima *Rerum novarum* de León XIII (1891) hasta las de Juan Pablo II y las del propio Benedicto XVI, dejando claro que lo propio, lo congenial e irrenunciable de la Iglesia es la caridad.

Segunda encíclica:
Spe Salvi, "Salvados en esperanza".

Una vez planteada la relación de la humanidad con su creador y diseñada la subida escalonada del amor desde el eros hasta el banquete universal de la eucaristía, queda claro que el impulso existencial del hombre no es circular e individualista para quedarse dando vueltas en el tiempo sino trascendental y escatológico, tanto en la vida del individuo que termina con la muerte como en la historia de la humanidad y del planeta.

Ahora bien, lo que dice la revelación cristiana en su admirable esfuerzo por elevar a todos los hombres al gozo de la visión beatífica es que la felicidad y el desenlace de todo el drama serán después... después... al final de todo, en un más allá del cual no tenemos idea cierta y que solo imaginamos o afirmamos ciegamente por medio de la fe. ¿Es suficientemente atractiva para el corazón humano esta esperanza, esta promesa? ¿No está demasiado lejana, insegura e indefinida esa felicidad? Benedicto XVI va a darnos la respuesta a estas angustiosas inquietudes.

Después de sentada en la primera encíclica la base esencial del edificio teológico, esta segunda encíclica apunta las paredes de la construcción hacia lo trascendental escatológico y afirma que la dirección en que se mueve la Iglesia de Cristo no es hacia la transformación y goce de este mundo (con el

cual Dios tiene un modo de gobernar que es un misterio para nosotros) sino hacia la reunión definitiva de toda la humanidad en el seno de la felicidad divina. La encíclica comienza así:

1. *«SPE SALVI facti sumus» -en esperanza fuimos salvados, dice San Pablo a los Romanos y también a nosotros (Rm. 8,24). Según la fe cristiana, la «redención», la salvación, no es simplemente un dato de hecho. Se nos ofrece la salvación en el sentido de que se nos ha dado la esperanza, una esperanza fiable, gracias a la cual podemos afrontar nuestro presente: el presente, aunque sea un presente fatigoso, se puede vivir y aceptar si lleva hacia una meta, si podemos estar seguros de esta meta y si esta meta es tan grande que justifique el esfuerzo del camino. Ahora bien, se nos plantea inmediatamente la siguiente pregunta: pero, ¿de qué género ha de ser esta esperanza para poder justificar la afirmación de que a partir de ella, y simplemente porque hay esperanza, somos redimidos por ella? Y, ¿de qué tipo de certeza se trata?»*

Aquí, de entrada, se expresa la intención de la encíclica: recordarnos que, sea cual sea la situación histórica en que vivamos, nuestra esperanza está basada en algo verdadero, la salvación o redención en su sentido pleno está segura y la meta a la que nos dirigimos (la felicidad definitiva ultraterrena) no nos va a fallar.

Como consecuencia de esta posición, para el cristiano, lograr la prosperidad económica del anhelo natural, no es que no

sea conveniente ni que no constituya un deber muy serio, sino que queda muy en segundo lugar. Se logre o no se logre lo material, lo que interesa es lo espiritual, lo escatológico, la felicidad eterna que tendremos después de esta vida en el seno de Dios.

Cuán grande sea esta fe de los cristianos en su reino que no es de este mundo, lo expresa la encíclica basándose en Hebreos 11,13-16 y Filipenses 3,20:

“Aunque las estructuras externas permanecieran igual, esto cambiaba la sociedad desde dentro. Cuando la Carta a los Hebreos dice que los cristianos son huéspedes y peregrinos en la tierra, añorando la patria futura (cf. Hb 11,13-16; Flp. 3,20), no remite simplemente a una perspectiva futura, sino que se refiere a algo muy distinto: los cristianos reconocen que la sociedad actual no es su ideal; ellos pertenecen a una sociedad nueva, hacia la cual están en camino y que es anticipada en su peregrinación”. (Loc. cit. n. 4).

Cuando no se tiene esta esperanza escatológica fundada en la promesa divina, el recurso que queda es el que Benedicto XVI dice que se expresa con el emblemático Francis Bacon (1561-1626), es decir, la fe en el progreso y este progreso basado en el poder cada vez más creciente de la ciencia. En el centro de la idea de progreso, añade Benedicto XVI (n. 18) hay dos categorías que operan con fuerza incontenible que llega hasta la rebelión. Esas categorías son la razón y la libertad.

Más adelante, viendo que la fuerza de la ciencia no es suficiente y que más bien tiende a favorecer al sector poderoso

de la sociedad que es capaz de poseerla, se recurre, en nombre de los proletarios y usando a los proletarios como carne de cañón, a las revoluciones más violentas que en ríos de sangre han llenado de cadáveres el mar.

Ahora, después de la experiencia del comunismo y ante una amenaza todavía más temible que es una sociedad desacralizada y secularizada, en parte por la obra traidora de una teología dizque desmitificadora, los cristianos tenemos que estar como nos dice San Pedro (1° Pedro 3,15): siempre listos para dar una respuesta adecuada a los que nos pidan razón de nuestra fe. La encíclica nos lo recuerda así:

"22. Así, pues, nos encontramos de nuevo ante la pregunta: ¿Qué podemos esperar? Es necesaria una auto-crítica de la edad moderna en diálogo con el cristianismo y con su concepción de la esperanza. En este diálogo, los cristianos, en el contexto de sus conocimientos y experiencias, tienen también que aprender de nuevo en qué consiste realmente su esperanza, qué tienen que ofrecer al mundo y qué es, por el contrario, lo que no pueden ofrecerle. Es necesario que en la autocrítica de la edad moderna confluya también una autocrítica del cristianismo moderno, que debe aprender siempre a comprenderse a sí mismo a partir de sus propias raíces".

Las palabras anteriores, si las leemos con la debida atención y penetramos en sus entrelíneas son un llamado valiente y arriesgado que hace el Papa al cristianismo y a la Iglesia Católica para que afronte y se imponga una autocrítica y

para que tome en cuenta lo que el mundo (el César) aporta de su parte en la solución de los problemas con miras al fin último. Esto quiere decir que no debemos los cristianos dejarnos llevar de esa tendencia demasiado resbaladiza de criticar y menospreciar lo que llamamos "el mundo", sin caer en la cuenta de que ese mundo es amado y gobernado por Dios de una manera que nosotros no sabemos y que, al final de todo el drama, contribuirá al cumplimiento de los planes de Dios.

En consecuencia, a pesar de la crítica que desde la religión se hace a las estructuras mundanas de la ciencia y de la política, sobre todo cuando se ponen en competencia y en pugna con las enseñanzas de la fe, reconforta leer que el Papa científico hace un franco reconocimiento de la misión de la autoridad civil en el plan de Dios y un elogio del esfuerzo humano (de toda clase de esfuerzo y de trabajo) como manifestación y como práctica de la esperanza salvífica.

Los números del 35 al 40, con el tema del actuar (el trabajo) y el sufrir (el dolor), constituyen un hermoso himno de reconocimiento, de parte de la Iglesia de Cristo, a la humanidad laborante y sufriente, la cual, haciendo a un lado su fe o su incredulidad, lleva sobre sus espaldas el mérito de la vida, es decir, el trabajo y el dolor. Con el trabajo y el dolor la humanidad, de hecho, acompaña a Cristo en la cruz de la redención.

Dice textualmente refiriéndose a toda actuación seria y recta del hombre, es decir, a todo trabajo y a todo esfuerzo por mejorar:

"35. Toda actuación seria y recta del hombre es esperanza en acto. Lo es ante todo en el sentido de que así tratamos de llevar adelante nuestras esperanzas, más grandes o más pequeñas; solucionar este o aquel otro cometido importante para el porvenir de nuestra vida: colaborar con nuestro esfuerzo para que el mundo llegue a ser un poco más luminoso y humano, y se abran así también las puertas hacia el futuro".

Interpretamos que en esta actuación seria y recta del hombre entran la ciencia, la industria, los negocios, el arte, la cultura general e incluso la lucha política por el derecho y por el gobierno.

Pongámosle mayor atención a este novedoso concepto, positivo y consolador, de la colaboración (aunque involuntaria o inconsciente) de la humanidad, con su trabajo y con su dolor, en los planes de Dios. El dolor es la cruz que llevan sobre sus espaldas todos los hombres, sobre todo los pobres, que son los que más sufren. Aquí, además, desembocamos en un nuevo concepto de pobre. Importante novedad y descubrimiento. Pobre es todo el que sufre y en ciertos casos sufren más los ricos que los pobres. En todo caso sufren, ontológica y metafísicamente, todos los seres creados, como contingentes, somos pobres, los pobres de Javé.

Tercera encíclica:

Caritas in veritate, "La caridad en la verdad".

Después de haber andado meditando los grandes principios de la fe cristiana y de la doctrina social, diríamos mejor,

después de haber andado volando por las nubes de una teología metafísica, que tales son las primeras encíclicas que hemos estudiado, esta tercera nos hace descender al terreno de la acción. Lo primero fue necesario porque, en la clara intención del catedrático Ratzinger, el cristianismo moderno o los cristianos modernizantes, tienden a una "opción preferencial" por lo práctico, por el ethos, y ven de menos el logos, el fundamento de la fe que se halla en la teología. Es necesaria en nuestro tiempo la vuelta a la fe, la recuperación de la fe, para que la acción social y el amor a los pobres como filosofía propia del cristianismo no carezcan de fundamento y no degeneren en una política ideologizada, secularizada y descristianizada que entra en competencia con la acción de la justicia que es propia del gobierno civil. La intención del Papa Ratzinger es clara y perseverante, casi obsesiva.

La encíclica *Caritas in veritate* desciende al campo de las realizaciones, pero no por sentimentalismo ni por impulso político ideológico sino con el vigor de un razonamiento que viene de los principios elaborados en las primeras encíclicas y que va paralelo al acto humilde de la fe.

El descenso de que hablamos se hace con ocasión de la conmemoración de los más de cuarenta años de la publicación de la encíclica *Populorum progressio* de Pablo VI y es prácticamente una repetición de las orientaciones de aquel memorable documento, adaptadas a las circunstancias de principios del siglo XXI. El léxico del Papa Ratzinger tiene su propio carácter y su energía.

Tres grandes principios se esgrimen reiteradamente en la *Caritas in veritate* como generadores de la fuerza de la

acción social cristiana: el principio de gratuidad, el principio de solidaridad y el principio de subsidiariedad.

Estos tres principios deben saberse entender y colocar en el debido orden para que se vea su fuerza y su estructura. Por el orden lógico y ontológico, el primero es el de gratuidad o sea el hecho de que Dios gratuitamente, por puro amor de caridad (jaris=gracia), nos da el ser. Este es el don fundamental y de aquí se desprende en cadena todo lo demás. La palabra don es repetida insistentemente en la encíclica.

El segundo principio, el de la solidaridad, es consecuencia del primero: si somos un don, una expresión, un logos de la libre y generosa voluntad divina, nosotros, todas las creaturas y especialmente los hombres somos hermanos y estamos unidos por una sólida comunidad en la que todos sus miembros se apoyan mutuamente y se completan, con lo que queda enunciado el tercer principio que es de orden práctico, el de la subsidiariedad. La solidaridad es un hecho ontológico. La subsidiariedad es una acción o una serie de acciones que deben mantenerse.

En la práctica lexicológica, a la subsidiariedad le damos un sentido restringido a la relación del gobierno y de los organismos intermedios poderosos que deben subsidiar (dar subsidios o ayudas eventuales a las personas particulares y a otros organismos inferiores, comenzando por las bases fundamentales de las familias. Ese es el sentido usual de la subsidiariedad, pero aquí como fuerza que se desprende inmediatamente de la solidaridad debe entenderse más ampliamente como el apoyo mutuo irrenunciable de todos los seres humanos que se

necesitan entre sí. Tanto la solidaridad como la subsidiariedad, en el pensamiento ratzingeriano, adquieren una categoría filosófica ontológica, muy por encima del uso normal que tienen en el léxico sociológico. Al Ratzinger catedrático, más que la repetición y adaptación de las orientaciones sociales que vienen a través de la gran tradición de documentos pontificios, le interesa hacer ver su trabazón lógica y su fuerza metafísica. Cuando dice que *Caritas in Veritate* quiere decir que la caridad debe abarcar a todo el hombre y a todos los hombres, no solo repite la norma cristiana tradicional sino que le da nueva fuerza, nueva sonoridad. Suenan hasta duras y contundentes las palabras que toma de san Pablo (Rom 12, 9) para terminar la encíclica: ¡Que vuestra caridad no sea una farsa!

¿Hay en esas palabras una acusación o un señalamiento? No tratemos de averiguarlo ni de pretender adivinar el pensamiento del autor de la encíclica. Mejor interpretemos que se trata de una prevención y de un llamado.

Para terminar estos breves comentarios sobre las encíclicas que Benedicto XVI nos deja como un legado de su sabiduría, se nos ocurre hacer a continuación algunas observaciones interesantes y curiosas sobre el estilo de su redacción y sobre cierto léxico recurrente.

1. Desde luego, la característica sobresaliente del Papa teólogo y filósofo es su lógica rectilínea que no se desvía nunca del objetivo que se traza como catedrático metódico.

2. Trabaja como investigador y usa el método pregunta-respuesta. Cada cierto tiempo se detiene y dice: "Aquí surge la pregunta..."
3. Como defensor de la fe no pierde nunca de vista a los adversarios que se apartan de la ortodoxia y de la línea tradicional del sagrado magisterio. Esos adversarios continuamente señalados y refutados son el secularismo, el ateísmo, el relativismo y el liberacionismo, entendido este como la rama de la teología de la liberación que se desvía hacia la ideología marxista.
4. Su diálogo con los adversarios es noble y sincero, reconociéndoles sus méritos e incluso haciendo uso de sus métodos cuando los considera correctos y que no se extralimitan. Esta honradez intelectual es notoria en sus libros "Jesús de Nazaret" e "Introducción al cristianismo".
5. La mirada de Ratzinger es abarcadora y sintetizadora. Ve el conjunto de los temas y sus relaciones. De ahí que gusta de recurrir a la palabra "entramado".
6. Otra palabra clave en el pensamiento social de Benedicto XVI es la palabra "gobierno del mundo". Interesante concepto que, frente a la confusión de ideólogos cristianos que se meten demasiado a sociólogos, deja claros los límites y a la vez las mutuas implicaciones entre "lo que es de Dios" y "lo que es del César".
7. Otra palabra clave en la *Caritas in veritate* es la palabra proyecto. "Para los creyentes el mundo no es fruto de la

casualidad ni de la necesidad sino de un proyecto de Dios" (n. 57). La creación es un logos, una palabra inteligente, un plan que tiene una razón de ser, un principio, una trayectoria y un final. Este final no puede menos que ser triunfal, puesto que Dios no puede fracasar en sus obras. El final tiene que ser glorioso y triunfal. La realización y el proceso de ese plan, de ese proyecto, es lo que se llama "gobierno del mundo".

8. El profesor Ratzinger está siempre dando clase. Su redacción como escritor es hablada. Por eso frecuentemente, cuando siente que se ha ido alejando del pensamiento principal, dice: Volvamos a tal cosa, o tal concepto, o tal tema.
9. Otro concepto que se presenta a la mente investigadora del teólogo filósofo es el concepto o la realidad misma de la oscuridad. El entendimiento sediento de luz se topa con la oscuridad, con el misterio, con lo que no tiene respuesta, y lo reconoce. Las siguientes palabras, hacia el final de la encíclica *Deus caritas est* (n.39) son de un realismo conmovedor:

"La esperanza se relaciona prácticamente con la virtud de la paciencia, que no desfallece ni siquiera ante el fracaso aparente, y con la humildad, que reconoce el misterio de Dios y se fía de Él incluso en la oscuridad. La fe nos muestra a Dios que nos ha dado a su Hijo y así suscita en nosotros la firme certeza de que realmente es verdad que Dios es amor. De este modo transforma nuestra impaciencia y nuestras dudas en la esperanza segura de que el mundo está en manos de Dios y que, no obstante las oscuridades, al final

vencerá Él, como luminosamente muestra el Apocalipsis mediante sus imágenes sobrecogedoras.”

10. Finalmente está el hecho incomprensible del aparente silencio de Dios ante el desorden y las injusticias de un mundo rebelde y que le da la espalda a la presencia divina. El misterio de ese silencio es algo que al Papa le hace pensar, le duele y le preocupa, aunque al mismo tiempo le reafirma en su fe.

“En efecto, los cristianos siguen creyendo, a pesar de todas las incomprensiones y confusiones del mundo que les rodea, en la «bondad de Dios y su amor al hombre» (Tt. 3,4). Aunque estén inmersos como los demás hombres en las dramáticas y complejas vicisitudes de la historia, permanecen firmes en la certeza de que Dios es Padre y nos ama, aunque su silencio siga siendo incomprensible para nosotros”. (Deus caritas est, n. 38)

11. Con razón el anciano pontífice y nada menos que es una ocasión tan tierna y cariñosa como la celebración de su 85 cumpleaños, rodeado de niños danzantes de su natal Baviera, dejó escapar de su pensamiento una reflexión que a más de alguno le hizo deducir interpretaciones equivocadas. Era el 16 de abril de 2012 y el cumpleaños con débil voz dijo: “Me encuentro en el último tramo del recorrido de mi vida y no sé lo que me espera. Sé, sin embargo, que la luz de Dios está más allá y que esa luz es más fuerte que cualquier oscuridad”. (El Diario de Hoy 17 de abril y 9 de junio 2012).

¿Pensaba ya el Papa en la abdicación que había de venir un año después de aquel cumpleaños? En todo caso lo que

él dijo es absolutamente cierto para cualquier ser humano en su calidad de contingente. Nadie sabe lo que le sucederá el día de mañana, ni la noche de hoy, ni siquiera el minuto siguiente después de haber vivido este preciso instante. Contingencia es todo lo contrario de seguridad. Contingente es nuestra vida. Lo seguro es la luz de Dios que es más fuerte que todas las oscuridades. Una mente con el poder metafísico del filósofo cristiano Ratzinger siente esta verdad.

5. *¿Y la cuarta encíclica?*

He aquí un caso palpable de lo que venimos diciendo. Se hablaba en aquellos días de una cuarta encíclica que estaba en preparación. Incluso cuando nos asustó el notición de la renuncia un febrero de 2013 se recordó esa posible o ya escrita encíclica y que quizá se publicaría en los días que le quedaban al Papa. Pero, bueno, esos días eran ya poquísimos y no era de imaginarse una encíclica de última hora publicada de forma intempestiva. Ahora, después de la abdicación, la pregunta que nos hacemos es aún más delicada: ¿Publicará el nuevo Papa la encíclica que dejó en la gaveta su antecesor? ¿Conoce Francisco I esa encíclica y está de acuerdo con su contenido? ¿La va a publicar? ¿La publicaría exacta o con algunas modificaciones?

Yo corto esa sería de preguntar y me pongo mejor a imaginarme lo que podría contener esa cuarta encíclica o lo que yo quisiera que tratara. ¡Vaya ocurrencia la mía! Perdonen pero creo importante que los lectores me permitan desahogarme y darles a conocer mi pensamiento.

La primera necesidad que está pidiendo a gritos que se la atienda es la unidad de la fe. Hay mucha bulla y algazara de opiniones: Hay que frenar esta anarquía. Todo mundo (los que saben y los que no saben) se da gusto en hacer su cristianismo y en decirles a los papas lo que deben hacer y lo que no deben hacer. Parece que la consigna, tomada y trasladada de la política, es el cambio. Hay que cambiar. La Iglesia tiene que cambiar. Tiene que acomodarse a los tiempos modernos. Cambiar y cambiar cada día, así como la tecnología. He aquí el problema que le angustiaba a Benedicto XVI.

Luego al interior de la Iglesia, tanto en las altas esferas como en los pequeños centros de las comunidades locales, urge una reforma moral y apretar los cinturones de seguridad para remediar la relajación. Seguramente las reformas, que en algunos casos exigirán drasticidad, deberían comenzar en la misma urdimbre y maquinaria administrativa del Vaticano y en las oficinas diocesanas del mundo.

Otra situación que salta a la vista es la anarquía y el capricho en las prácticas de la liturgia, ritual de la Iglesia de milenaria tradición que cada vez va siendo dejada a merced de las ingeniosas ocurrencias de los celebrantes. En este punto, de máxima importancia por el impacto que causa en el pueblo, no basta con que se den disposiciones correctivas y orientadoras (se nos viene a la memoria el ejemplo de la exhortación apostólica *Sacramentum caritatis* de Benedicto XVI), sino que es necesario que se ejerza una vigilancia y un control para corregir a tiempo los abusos. Buena tarea para las visitas pastorales de los obispos.

Finalmente, la tan alardeada y publicitada opción preferencial por los pobres, “la Iglesia pobre y para los pobres” (los ricos se quedan sin Iglesia), es algo tan hermoso y tan serio, que los que lo pregonan no se dan cuenta del mundo de Atlante o del Niño Dios de San Cristóbal que se echan a las espaldas. Verdad es que la Iglesia ya está haciendo eso y lo ha hecho más y mejor que ninguna otra institución a través de la historia, pero lo que pasa es que el mandato de Cristo es radical y exige que se haga mucho más y mucho mejor.

¿En qué forma de reestructuración de la Iglesia se está pensando cuando se habla de una Iglesia pobre y para los pobres? Dejamos para el capítulo final de este libro las consideraciones extremas o extremistas que se vienen a la mente cuando se leen las que yo llamo profecías de Benedicto XVI sobre el futuro de una Iglesia reformada y purificada ya en los tiempos del *ésjaton* o sea de los últimos días de la historia de la humanidad.

IV.

¿UNA NOVELA PREMONITORIA?

Con gran sorpresa y perturbada mi mente con un enjambre de ocurrencias y de interpretaciones, cuando se divulgó el escándalo de la abdicación de Benedicto XVI, con los subsiguientes sucesos de su retiro a la soledad y luego la elección del nuevo Papa, me vino al recuerdo una novela que leí hace más de treinta años, *Los Bufones de Dios* (*The Clowns of God*) escrita por Morris West. Es tan grande la semejanza entre los acontecimientos reales del Papa Benedicto XVI con los hechos imaginarios de la novela y con el Papa Gregorio XVII, también imaginario, que me hace pensar, no sin preocupación, que en la novela de Morris West, publicada en 1981, hay una especie de premonición.

En la novela, el Papa Gregorio XVII es obligado a abdicar por el motivo de que estaba pensando publicar una encíclica (*In his ultimis annis fatalibus*, En estos últimos fatales años) en la que, por una revelación que ha tenido acerca del fin del mundo y de la "parusía" o segunda y definitiva venida del Señor, quiere alertar a la humanidad para que esté preparada para ese juicio final de la historia. El que dirige inteligentemente tras bambalinas al colegio cardenalicio para que se pongan de

acuerdo en presionar a Gregorio XVII para que renuncie es el cardenal Arnoldo, el cual resulta después electo sucesor. Lo que se alega para obligar a la renuncia a Gregorio XVII es que no está bien de la cabeza y que la publicación de la intentada encíclica causaría un indeseable trastorno mundial.

Una vez separado de su cargo, después de siete años de pontificado, pasados unos breves días en el monasterio de Monte Casino como prisionero, el destronado obtiene de su destronador, León XIV, la licencia para vivir como laico y dedicarse a cumplir la misión que Dios le ha encomendado.

Mientras tanto las superpotencias, con una mente imperialista y armamentista hasta lo demoníaco, preparan nada menos que la tercera guerra mundial, tercera y última porque después de ella el mundo quedara aniquilado. Jean Marie Barette, que tal es el nombre del expontifice ahora reducido al estado laical, se dedica a buscar el contacto de hombres influyentes para que difundan el mensaje de salvación y de preparación para la parusía.

Como la humanidad quedará destruida e inutilizada, haciéndose imposible la vida de grandes grupos en nuevas ciudades, la recomendación para los hombres de buena voluntad que quieran vivir fraternamente es la de formar pequeñas comunidades refundidas en la soledad de las selvas.

Una de esas comunidades es la que organizan el propio expapa con su amigo Carl Mendelius y su familia, a los que se les unen extraños y eventuales compañeros de diferentes nacionalidades. El lugar es el corazón de una selva y allí

comienzan un tipo de vida de lo más primitivo. Lo maravilloso en esta comunidad es que, por casualidad, se les une un tal señor Atha, personaje misterioso que, para no hacerle demasiado prolijo el relato al lector, resulta ser el Señor Maran Atha o sea el mismo Señor Jesucristo tal como se menciona en el Apocalipsis.

Al final de la novela en una ceremonia eucarística, celebrada en la Navidad, cumpleaños del Señor Maran Atha, este consagra el pan y el vino y da comunión a los asistentes. Mientras en la selva se verifica este rito y el Señor Maran Atha se despide para ir a otras comunidades diseminadas por el mundo, otra escena se verifica en el Palacio Presidencial de Paris. El Señor Presidente de Francia espera nervioso un llamado de su homólogo de Washington en la que le avisará que ha sonado la hora y que han sido accionados los botones de los misiles de la destrucción del mundo. Dichosamente, suena la llamada pero no es de destrucción sino comunicándole que el ultimátum de la guerra ha sido pospuesto porque se ha llegado por de pronto a un acuerdo con Moscú.

El ultimátum ha sido suspendido, pero la novela termina con una pregunta desoladora:

¿Y para cuándo se ha fijado el próximo ultimátum?

Si ponemos los imaginarios sucesos de la novela paralelos a las noticias de principios de este año de 2013 sobre la renuncia del Papa Benedicto XVI, descubrimos una extraña y preocupante semejanza.

Benedicto XVI (2005-2013) renuncia poco antes de cumplir su octavo año de pontificado- El Papa de la novela lo

había hecho en el año séptimo. El motivo de la abdicación de Gregorio XVII es una nueva encíclica sobre el fin del mundo. En los últimos días de Benedicto XVI estaba por salir (y no se sabe por qué no salió) una cuarta encíclica cuyo contenido no se sabe y quizás nunca se sabrá. Finalmente ambos papas, el real y el novelado, coinciden casi punto por punto en el cambio fundamental del mundo que se aproxima día a día. La diferencia está en que el de la novela habla del cataclismo provocado por el espíritu irracional de la guerra, mientras que el Papa real habla de la descomposición interna de un mundo que llega a una existencia absurda y sin sentido por la falta de fe.

Ambos papas coinciden en que se llegará, al menos por parte de los cristianos, a una forma de vida social de pequeñas comunidades.

¿Cómo serán esas comunidades? No nos perdamos en imaginación, porque no es nuestro propósito urdir otra novela ni llevárnosla de profetas.

Pongámonle sí especial atención a las pequeñas comunidades tal como parece preverlas Benedicto XVI, recalcando la advertencia de que no se trata del tiempo de la parusía. No es ese el alcance de la profecía. Se trata de un tiempo anterior, de una época en que la Iglesia, por propia evolución, sufrirá una profunda pero lógica transformación interior en su espíritu y en su estructura administrativa.

Los cambios que prevé Benedicto XVI son dos procesos paralelos. Uno de esos procesos es la carrera vertiginosa de la ciencia y de la economía globalizadora del mundo, proceso que

tiene su propia mecánica y que es parte de la política con que Dios, mediante el César, gobierna al mundo. El otro proceso es la experiencia de la Iglesia de Dios, peregrina en la tierra, el reino que no es de este mundo y que, por ensayos de santidad y pecado, va realizando el plan de Dios.

En la experiencia del plan a que Dios tiene sometida a la Iglesia en la tierra, está el amargo sufrimiento de haberse dado cuenta de que su verdadero estilo no es el de competir con el poder civil y mundano en la ejecución de valores en las que se mezclan lo natural y lo sobrenatural (tarea y logros que, por otro lado, quedan, en la historia como trofeos indiscutibles) sino que consiste en volver a lo pequeño, a su contextura de *pusillux grex* ("Iglesia de los pequeños", "Iglesia interiorizada y simplificada"). En el libro "Jesús de Nazaret". (primer tomo, cap. 8, la imagen del agua) se leen las siguientes atemorizadoras y amenazantes palabras:

"Los actos de purificación, tan dolorosos como necesarios, aparecen a lo largo de toda la historia, a lo largo de toda la vida de los hombres que se han entregado a Cristo. En estas purificaciones está siempre presente el misterio de la muerte y la resurrección. Hay que recortar la auto-exaltación del hombre y de las instituciones, todo lo que se ha vuelto demasiado grande debe volver de nuevo a la sencillez y a la pobreza del Señor mismo".

Por su parte, el proceso del reino que sí es de este mundo, la comunidad mundial con sus bloques emergentes de poder y la fuerza incontenible de la globalización y de la ecologización,

avanza triunfalmente y por puro impulso mecánico interior (de espaldas a lo ético y a lo divino, aunque la razón natural no deja de repetirle al oído las voces del derecho) y no parará su carrera hasta que el auriga caiga junto con los caballos agotados. Porque hacia eso camina la lógica sin freno del desarrollo sin control. Vendrá el agotamiento y ese agotamiento lo describe así el profeta Benedicto XVI (Fe y furo, último capítulo):

"Los hombres de un mundo total y plenamente planificado serán indeciblemente solitarios. Cuando Dios haya desaparecido completamente para ellos, experimentarán su total y horrible pobreza"

¿Qué sucederá entonces? Sucederá que los dos procesos, el mundano y el divino, se volverán el uno hacia el otro y se mirarán de frente. La Iglesia empequeñecida, interiorizada y simplificada con sus miles de miles de pequeñas comunidades en todo el mundo, y el atronador mundo de la supercivilización que dominará el espacio y habrá tejido sobre la superficie de la tierra carreteras casi aéreas de cemento espiritualizado.

Desgraciadamente, el maravilloso mundo semiaéreo construido como una nueva atmósfera sobre las ciudades del planeta, dice el profeta Benedicto XVI, será desolado, frío y solitario. ¿Sucederá así de verdad? Porque la intención de la supercivilización no es esa. Lo que la supercivilización está intentando construir es el cielo en la tierra, una felicidad de hoteles y restaurantes, de campos de juego, de casas de placer, de jardines edénicos, de templos de la ciencia como los soñó el positivismo, de centrales nucleares de paz, de iglesias

semipaganas con himnos y banquetes eucarísticos, de un cielo nuevo y una tierra nueva en que parezcan junto los leones y los corderos. ¿Es todo eso posible o, más bien, los caballos desbocados de Faetón apuntan a la autodestrucción nuclear?

El profeta Benedicto XVI no está hablando directamente ni de la parusía ni de la destrucción del mundo. Está describiendo, más bien, dos modos de existencia paralelos: el de la fría civilización mecanizada y el idílico de las pequeñas comunidades de fraternidad. Dice claramente que los ciudadanos decepcionados del mundo planificado “descubrirán la pequeña comunidad de los creyentes como algo completamente nuevo, como una esperanza que les sale al paso, como una respuesta que siempre han buscado en lo oculto”. Ese asidero o ese refugio puede concebirse como un recurso simultáneo o como un lugar donde ir a reponerse al regresar del ajetreo material de la supercivilización globalizada. ¿Será posible la existencia simultánea de dichos refugios en el tráfago de la vertiginosidad? De darse tales formas de vidas y de grupos comunitarios, como células de amigos, eso supone un nuevo concepto de organización de la vida cristiana que hasta la vez hemos llamado parroquial. Porque no estamos imaginando una nueva forma de grupúsculos protestantes con pastores improvisados. No, todo lo contrario: queremos suponer que esas células de vida dispersa y atomizada conservan una unidad esencial con la única Iglesia de Cristo. La presencia de Cristo mediante su Iglesia será como la caricia de un suave tejido epitelial y como una epidermis protectora que resistirá los ataques de toda clase de virus.

Para no divagar inútilmente en interpretaciones nuestras sobre el texto que tomamos como profético de Benedicto XVI, copiado del final de su conferencia titulada "Qué aspecto tendrá la Iglesia del año 2000", ponemos a continuación dicho texto, a manera de apéndice, para que sea el lector al que se deje impresionar y haga sus propias reflexiones.

En un momento de estro profético, deja escapar Ratzinger estas exclamaciones que le brotan como voces que no pronuncia él sino una fuerza interna de revelación.

"Demos un paso más. De la iglesia de hoy saldrá también esta vez una iglesia que ha perdido mucho. Se hará pequeña, deberá empezar completamente de nuevo. No podrá ya llenar muchos de los edificios construidos en la coyuntura más propicia. Al disminuir el número de sus adeptos, perderá muchos de sus privilegios en la sociedad. Se habrá de presentar a sí misma, de forma mucho más acentuada que hasta ahora, como comunidad voluntaria, a la que sólo se llega por una decisión libre. Como comunidad pequeña, habrá de necesitar de modo mucho más acentuado la iniciativa de sus miembros particulares. Conocerá también, sin duda, formas ministeriales nuevas y consagrará sacerdotes a cristianos probados que permanezcan en su profesión: en muchas comunidades pequeñas, por ejemplo en los grupos sociales homogéneos, la pastoral normal se realizará de esta forma. Junto a esto, el sacerdote plenamente dedicado al ministro como hasta ahora, seguirá siendo indispensable. Pero en todos estos cambios que se pueden

conjeturar, la iglesia habrá de encontrar de nuevo y con toda decisión lo que es esencial suyo, lo que siempre ha sido su centro: la fe en el Dios trinitario, en Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre, la asistencia del Espíritu que perdura hasta el fin de los tiempos. Volverá a encontrar su auténtico núcleo en la fe y en la plegaria y volverá a experimentar los sacramentos como culto divino, no como problema de estructuración litúrgica.

Será una iglesia interiorizada, sin reclamar su mandato político y coqueteando tan poco con la izquierda como con la derecha. Será una situación difícil. Porque este proceso de cristalización y aclaración le costará muchas fuerzas valiosas. La empobrecerá, la transformará en una iglesia de los pequeños. El proceso será tanto más difícil porque habrán de suprimirse tanto la cerrada parcialidad sectaria como la obstinación jactanciosa. Se puede predecir que todo esto necesitará tiempo. El proceso habrá de ser largo y penoso. Hasta llegar a la renovación del siglo XIX, también fue muy largo el camino desde los falsos progresismos en vísperas de la revolución francesa, en los cuales incluso para los obispos era de buen gusto bromear sobre los dogmas y quizá hasta dar a entender que no se había de tener de ninguna manera por segura ni siquiera la existencia de Dios.

Pero tras la prueba de estos desgarramientos brotará una gran fuerza de una iglesia interiorizada y simplificada. Porque los hombres de un mundo total y plenamente planificado, serán indeciblemente solita-

rios. Cuando Dios haya desaparecido completamente para ellos, experimentarán su total y horrible pobreza. Y entonces descubrirán la pequeña comunidad de los creyentes como algo completamente nuevo. Como una esperanza que les sale al paso, como una respuesta que siempre han buscado en lo oculto. Así que me parece seguro que para la iglesia vienen tiempos muy difíciles. Su auténtica crisis aún no ha comenzado. Hay que contar con graves sacudidas. Pero también estoy completamente seguro de que permanecerá hasta el final: no la iglesia del culto político, que ya ha fracasado en Gobel, sino la iglesia de la fe. Ya no será nunca más el poder dominante en la sociedad en la medida en que lo ha sido hasta hace poco. Pero florecerá de nuevo y se hará visible a los hombres como patria que les da vida y esperanza más allá de la muerte."



UN PAPA CONSERVADOR MÁS REVOLUCIONARIO QUE LOS REVOLUCIONARIOS

Como epílogo y como efecto saludable de las consideraciones que hemos venido haciendo en torno al pensamiento del Papa Benedicto XVI, nos queda en el ánimo una inquietante preocupación sobre el futuro inmediato de la Iglesia Católica. No es un temor ni una inseguridad, porque lo propio del cristiano es lo contrario, es decir, la seguridad de que la Iglesia es indestructible y de que Cristo no la abandonará a las portae inferi, a los poderes del infierno. Tampoco es la impaciencia novelera e irresponsable de quienes quieren ver la estructura secular vuelta patas arriba como efecto de un cataclismo. No, más bien lo que sentimos es una angustia y una aflicción, porque sí de veras se siente que los tiempos aprietan y que está por suceder algo, algo que se huele y se respira en el ambiente.

Así como en la mente del atleta que, convertido todo su pensamiento en sudor y en deseo de gloria, llega un momento en que pierde la noción de sí mismo y ya cerca de la meta delira, se olvida de la dirección y solo le queda el impulso ciego de avanzar, así el hombre de hoy, al que Benedicto XVI llama

plenamente planificado, en el paroxismo y el endiosamiento de la vertiginosidad, está experimentando una crisis de aturdimiento y de pérdida total del sentido de la vida. Se trata de algo muy grave, de una enfermedad metafísica que afecta las fibras más íntimas de la ontología del ser.

¿Se da cuenta la Iglesia, se dan cuenta los papas, se dan cuenta los líderes espirituales del mundo de esta situación? Benedicto XVI sí que se dio cuenta y de ahí la extraña semejanza que hemos señalado entre él y el Gregorio XVII de la novela de Morris West.

Ahora solo nos queda esperar. ¿Quizás al misterioso Señor Maran Atha? O tal vez no haya que ir tan lejos, pero sí, del norte o del sur, del este o del oeste, un viento fuerte tendrá que soplar.

Observamos al principio de este trabajo que algunos críticos de Benedicto XVI le achacaron un supuesto cambio de actitud, de progresista a rigorista, de innovador a tradicionalista, pero ahora, al mirar hacia atrás la trayectoria que deja, nos asombra lo clarividente de su mirada, lo consistente de su criterio en todos sus escritos, lo audaz de su diagnóstico sobre el tratamiento que debe aplicarse la Iglesia en el inmediato futuro.

San Salvador, 14 de mayo de 2013,
día de San Matías Apóstol.

BIBLIOGRAFÍA

1. Amurrio G., Jesús J. "Teoría de la acción humana" (Selección de textos). Universidad de San Carlos; Guatemala, 1972.
2. Benedicto XVI "Introducción al cristianismo, Lecciones sobre el credo apostólico". Ediciones Sígueme, Salamanca, España, 2009.
3. Benedicto XVI "L'enfance de Jesús". Flammarion, France, 2012.
4. Benedicto XVI, *Jesús de Nazaret, I*, desde el bautismo hasta la transfiguración. Planeta, Bogotá 2007.
5. Benedicto XVI, *Jesús de Nazaret, II*, desde la entrada en Jerusalén hasta la resurrección. Encuentro, Madrid 2011.
6. Benedicto XVI, *Sacramentum caritatis*, 2007. Taller San Pablo, Bogotá.
7. Benedicto XVI, "Verbum Domini", 2010, Roma.
8. Botton, Alain de "Religion for atheists, A non-believer's guide to the uses of religion". Hamish Hamilton, London 2012.
9. *Catecismo de la Iglesia Católica*.
10. Congregación para la Doctrina de la Fe. "Instrucción sobre algunos aspectos de la teología de la liberación"- Instituto de Promoción Humana, Universidad Católica de Occidente, Santa Ana, El Salvador, 1986.

11. Danielou, Jean "Dios y nosotros". Ediciones Taurus, Madrid 1966. BMR-VIII-E-58.
12. D'Anna, Andrea. *De Cristo a Kimbangu*. Ediciones combonianas, Madrid 1966, BMR-IX-B-23.
13. Espinoza, Baruch. "Ética demostrada según el orden geométrico". Fondo de Cultura Económica, México, 1958.
14. Guardini, Romano. "El espíritu de la liturgia". Edit. Difusión Chilena, Santiago de Chile 1943. BMR-VIII-E-7.
15. Küng, Hans. "Ser cristiano". Ediciones Cristiandad, Madrid, 1977.
16. Küng, Hans. ¿VIDA ETERNA? Editorial Trotta, Madrid 2000.
17. Lepp, Ignace. "La existencia auténtica". Ediciones Carlos Lohlé, Buenos Aires 1963.
18. Maquiavelo, Nicolás. "El príncipe". Editorial Sopena, Buenos Aires, 1946.
19. Moeller, Charles. "Literatura del siglo XX y cristianismo". Editorial Gredos, Madrid, 1970.
20. Mora, Miguel (y Lola Galán) "¿Quo vadis, Benedictus?" Reportaje en "Séptimo sentido", San Salvador. 22 de febrero 2009.
21. Nietzsche, Federico. *MÁS ALLÁ DEL BIEN Y DEL MAL*, Editores Mexicanos Unidos, México 1973.

22. Pablo VI. *Dei Verbum*, Constitución dogmática sobre la divina revelación. En: Concilio Vaticano II, BAC, Madrid, 1966.
23. Pablo VI. *Populorum progressio*. (*El desarrollo de los pueblos*). Arzobispado de San Salvador, 1967.
24. Platón "*La república o el estado*". Espasa-Calpe, Madrid 1975.
25. Platón "*Fedro*" o de la belleza.
26. Quental, Antero de. "Sonetos completos", Biblioteca Ulisseia de Autores Postuguesas, 2002, Lisboa, Portugal.
27. Ratizinger, Joseph. "*Fe y futuro*". Ediciones Sígueme, Salamanca 1973.
28. Ratizinger, Joseph. "*Instrucciones sobre algunos aspectos de la teología de la liberación*". Roma 1984.
29. Ribadeneyra, Pedro. *El príncipe cristiano*. Réplica a "*El Príncipe*" de Maquiavelo. Editorial Sopena Argentina, Buenos Aires, 1942.
30. Schoeck, Helmut. "*Diccionario de sociología*". Edit. Herder, Barcelona, 1977.
31. Seewald, Peter. *Benedicto XVI, una mirada cercana*. Ediciones Palabra, Madrid 2006.
32. Seewald, Peter "*Una vida para la Iglesia, Benedicto XVI*". Ediciones Palabra, Madrid, 2007.

33. Seewald, Peter "Luz del mundo. El Papa, la Iglesia y los signos de los tiempos". Herder, Barcelona 2010.
34. Shortt, Rupert "Benedict XVI, commander of the faith" Hodder and Stoughton, London 2006.
35. Tauler, Johannes. En "El misticismo" (de Antología alemana). BMR-IX-B-42.
36. Unamuno, Miguel de. "Del sentimiento trágico de la vida". Editorial Jurídica Salvadoreña. S. Salvador, 2008.
37. Unamuno, Miguel de. "Vida de don Quijote y Sancho según Miguel de Cervantes Saavedra". Reprint from the collections of the University of California Libraries, 2012.
38. West, Morris. "Los bufones de Dios". Edivisión, México 1981.
39. Yallop, David. "El poder y la gloria. Juan Pablo II, ¿santo o político?" Planeta, Buenos Aires, 2007.

Se señalan aquí y se subrayan los puntos principales y más candentes de las tres encíclicas, así como la posición científica y moderna del Papa Ratzinger en sus trabajos titulados “Introducción al cristianismo” y “Jesús de Nazaret”. En esos estudios aparece el teólogo de gran avanzada y no el retrógrado al que despectivamente se llama “conservador”, como si el conservar la fe (acordémonos del fides servavi de San Pablo) fuera una actitud de ignorancia y de oposición a los avances positivos y correctos de la civilización.

Lo que pretende el autor con el presente trabajo “es llamar la atención para que se lean los escritos de Benedicto XVI, que se estudien sus tres encíclicas, sus tres tomos sobre Jesús de Nazaret (I, Infancia de Jesús; II, desde el bautismo a la transfiguración; y III, desde la entrada en Jerusalén hasta la resurrección), su Introducción al Cristianismo y todos los otros libros que podamos adquirir. Lo que está diciendo Benedicto XVI es importantísimo y nos atañe directamente y urgentemente”.

“Se hace notar en el ensayo y se hace la franca acusación de que sectores que deberían haberse interesado por los escritos del Papa, explicándolos y comentándolos, por el contrario han reaccionado con indiferencia, con frialdad o, por el contrario, no han reaccionado y más bien han tejido alrededor de la palabra del Papa una cortina de silencio.”

